LA SEDUCTORA

AFRODITA



GREDOS

LA SEDUCTORA

AFRODITA



MITOLOGÍA
GREDOS

© María Romero Gutiérrez de Tena por el texto de la novela.
© Juan Carlos Moreno por el texto de la pervivencia del mito.
© 2016, RBA Contenidos Editoriales y Audiovisuales, S.A.U.
© 2016, RBA Coleccionables, S.A.

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Elisa Ancori y Pilar Mas (págs. 27, 35 y 54)
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de
esta publicación puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8709-0
Depósito legal: B 4191-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Musa, háblame de los afanes de la dorada Afrodita,
la chipriota, que en los dioses el dulce deseo infunde
y domina las razas de los mortales hombres,
las aves voladoras y las fieras todas, cuantas
la tierra en abundancia cría y cuantas cría el mar.

Himnos homéricos, Himno V

Dramatis personae

Los olímpicos

Afrodita – diosa del amor carnal, hija adoptiva de Zeus.
Zeus – rey del Olimpo y soberano celestial.
Hera – hermana y esposa de Zeus, reina del Olimpo y protectora del matrimonio.
Deméter – diosa de la agricultura.
Poseidón – hermano de Zeus, señor de los mares.
Atenea – diosa de la sabiduría, la preferida de su padre Zeus.
Hefesto – hijo de Hera sin la mediación de Zeus ni ningún otro inmortal, dios herrero del Olimpo.
Apolo y Ártemis – gemelos divinos, él dios de la música y la adivinación, ella diosa virgen de la caza.
Hermes – heraldo del soberano celeste, de verbo ingenioso y a veces engañador.
Ares – dios sanguinario de la crueldad en la guerra.
Eros – hijo alado de Afrodita y Ares.

Los mortales

Ganimedes – príncipe troyano convertido por Zeus en el copero del Olimpo.
Anquises – rey de Dardania, primo del rey Príamo de Troya.
Eneas – príncipe de Dardania, hijo mortal de Afrodita y Anquises.

Príamo y Hécuba – longevos reyes de Troya, padres de numerosos vástagos.
Héctor – heredero del trono troyano y comandante de su ejército.

Otros inmortales

Gea – la Madre Tierra, fuerza generadora de la que surgen todas las cosas.
Urano – el Cielo, hijo y esposo de Gea, de quien nace por separación.
Crono – hijo más joven de Urano, soberano celestial tras derrocar a su padre.
Temis – titánide de la sabiduría, consejera de Zeus.
Helios – titán que heredó el carro dorado de su padre, Hiperión.
Las horas – Dice, Eunomía y Eirene, hijas de Zeus y Temis, divinidades del orden que ayudan a su padre anunciando las estaciones.
Las gracias – Áglaya, Eufrósine y Talía, divinidades de la belleza y la fertilidad.

1

Nacida de la espuma

De la Tierra y el Cielo nacieron las primeras criaturas que caminaron sobre el mundo. Fueron ellos, seres inmortales y poderosos, quienes llamaron a su madre Gea y a su padre Urano. Sin embargo, el padre temía su poder y, estrechando el abrazo que lo unía a su madre, los devolvió a lo más profundo de sus entrañas y allí se esforzó por mantenerlos.

De ese modo se vio Gea presionada por el cielo y al mismo tiempo dolorida por el crecimiento de sus vástagos, que se hacían más poderosos y pugnaban por salir. No pudiendo soportar por más tiempo el sufrimiento, la Madre de Todas las Cosas buscó auxilio entre los hijos que mantenía en su seno. Solo Crono, el menor, mostró un valor del que sus hermanos carecían y profesó su voluntad de enfrentarse a los cielos.

Su madre entonces le entregó una enorme hoz dentada que ella misma había forjado. Solo la fuerza de un titán como Crono podía sujetar un arma como aquella.

Tomando vida en el interior de una grácil figura femenina hecha con tierra húmeda, Gea llamó, invitadora, a su marido para el ayuntamiento carnal. Cuando su esposo sintió el perfume que exhalaba la diosa de arcilla, presto dio forma a su homólogo con viriles atributos y, encarnándose en él, gozó incansable sobre su esposa hasta caer rendido en un intenso sueño.

Ese era el momento convenido. Gea abandonó la figura de arcilla y elevó a Crono de sus adentros, quien, blandiendo la terrible arma, cercenó los genitales de su padre con un golpe salvaje. Por un momento observó estupefacto el fruto de su parricidio, pero pronto quiso apartar de sí la prueba de su atrocidad, tan cruel como inevitable. Lanzó los órganos de Urano tan lejos como le permitió su titánica fuerza, mientras los alaridos de su padre quebraban el mundo.

El sexo mutilado cayó en el mar. Las corrientes lo mecieron hasta encontrarle acomodo en los abismos marinos, y allí, con el tiempo, por su propia potencia engendradora, él mismo fue amadrigándose en el interior de un arrecife de coral.

◇◇◇

Así había permanecido el vestigio del grandioso Urano durante un tiempo incalculable, dentro de su fortaleza coralina, hasta que, en medio de la oscuridad abisal, un tímido destello atravesó la protección. Por primera vez, su interior palpitaba. Se resquebrajaba el arrecife, rezumaba por sus grietas una emanación ardiente, incapaz de contener la fuerza que se agitaba en su interior. Cuando se hizo añicos la muralla como el más fino cristal, un estruendo sacudió las profundidades y la negrura de las aguas desapareció en un

poderoso torbellino de luz. Como una erupción nacarada, la potencia que acababa de desatarse se alzó vertiginosamente en busca de la superficie. Bramó enfurecido el mar cuando se abrió una herida en su manto, encrespándose en mil lenguas saladas que los vientos empujaban con vigoroso aliento. Las olas se erguían monumentales antes de romper las unas contra las otras. Cuando al fin la cólera de las aguas se hubo apaciguado, un tapiz de diáfana espuma revestía el lugar donde el mar se había abierto. Sobre ella, se mecía indolente una gran concha marina.

◇◇◇

Bajo la bóveda traslúcida, más allá de la cual titilaban las estrellas prendidas en la bóveda celeste, se extendía el suntuoso salón del palacio de Zeus, el soberano del Olimpo. Sentado en su trono, degustaba una copa de sabroso néctar, mientras observaba a sus pies el remolino brumoso cuyo interior le permitía contemplar todos los lugares del universo. Rastreaba con él la parte húmeda de la tierra intentando sacudirse el extraño estremecimiento que lo dominaba desde hacía algunas horas. Había tenido una sensación que había olvidado hacía eones, un vértigo doloroso, la ansiedad de los lejanos tiempos en que combatiera a Crono para derrocarlo y lo confinara a la noche eterna del Tártaro. ¿Por qué volvía a sentirlo?, se preguntaba recorriendo el mundo desde su trono.

Se abrieron las encumbradas puertas de la sala y Temis, la titánide, entró con su caminar sereno. Zeus alzó la mirada hacia ella, cuya mera presencia le dulcificaba el ánimo. No todos los titanes le habían sido hostiles en la guerra. Temis

lo había acompañado y aconsejado en la lucha, porque sus dotes proféticas vaticinaban la victoria de los olímpicos.

Zeus sonrió al verla, pensando que sus movimientos suaves y precisos reflejaban su entereza, pues jamás la ira o la venganza nublaron su juicio. Con agrado recordaba la dulce época en que aquellos encantos no le eran ajenos y habían fructificado dando nacimiento a tres radiantes hijas que compartían el sentido del orden de su madre. Las horas atraían a la naturaleza lejos de su nevado letargo para que extendiera por la tierra su silvestre despertar. Dice y la leal Eunomía asistieron a su padre en la tarea de restablecer la armonía que la guerra había destruido mientras que Eirene secundaba los esfuerzos de su madre para llevar al Olimpo la paz largo tiempo olvidada.

Temis adivinó que la nostalgia se escondía tras la expresión soñadora del gran dios, y se apoderó de ella la tibia calma que deja la intimidad cuando la abandona el deseo. Sus ojos se cruzaron recordando su viejo amor, aunque ninguno pretendiera realmente resucitar aquel sentimiento. Pero la complicidad se marchitó de pronto, una mueca de malestar desfiguró ambos rostros cuando los dos al mismo tiempo sintieron un dolor disperso, difícil de identificar, que les recorría la espalda.

—Un nuevo poder cuya fuerza nos es aún ignota ha despertado —susurró Temis—. Debemos saber qué trae consigo.

Zeus descendió la copa hasta apoyarla en la bandeja de oro. Poderosas energías seguían manifestándose y grandes desórdenes le sobrevenían al mundo, aunque él considerara que su creación estaba acabada. El universo tenía ya todas sus partes y, a sus órdenes, las grandes potencias las animaban

en concordia; sin embargo, parecía que era imposible conjurar definitivamente la amenaza del caos.

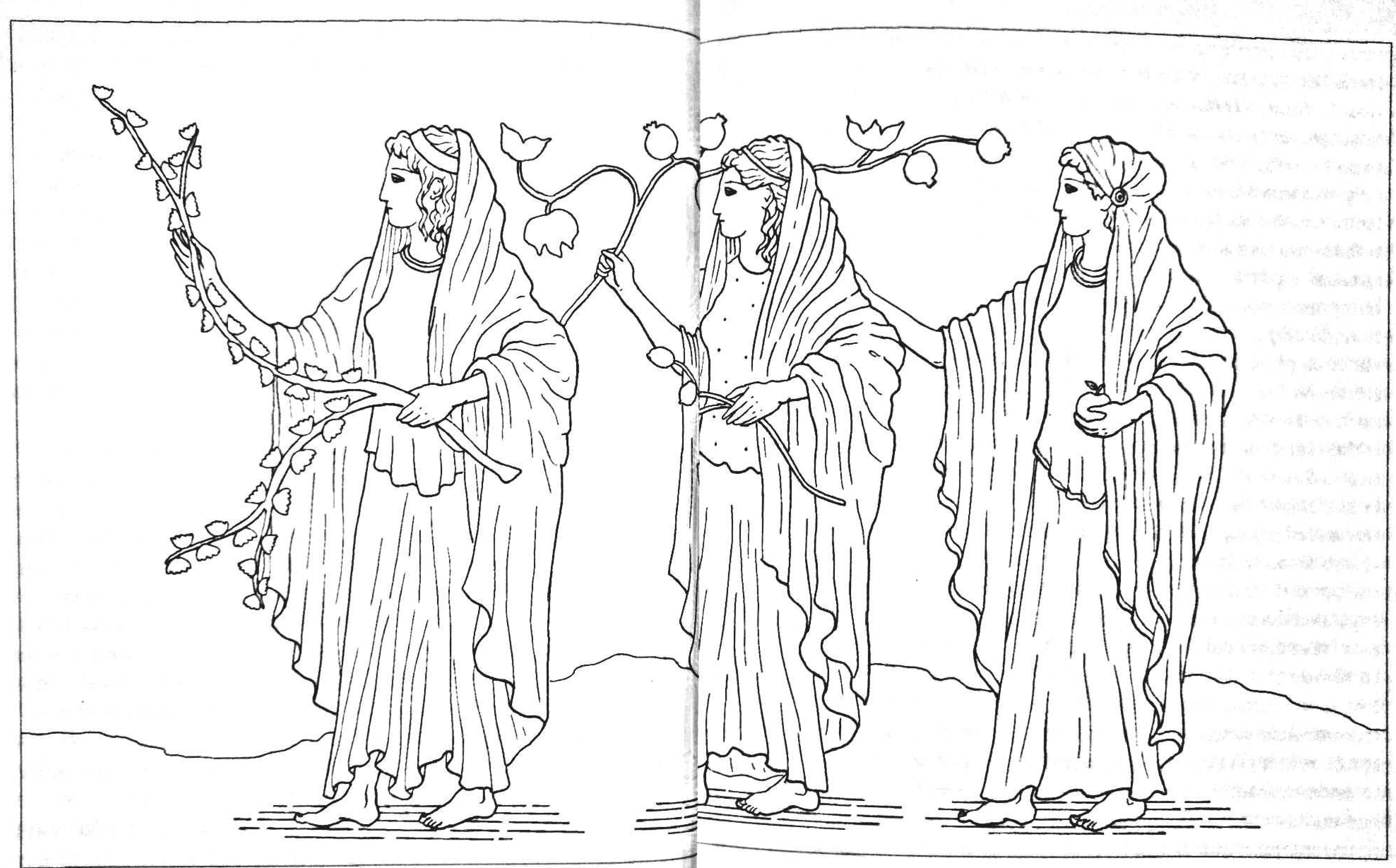
∞

Hablándole a su padre desde el interior de su mente, Eunomía y Dice respondieron que también habían sentido aquel estremecimiento. Recogían cálices de lirios para confeccionar guirnaldas cuando Eirene, que había notado su ánimo afligido más intensamente que ellas, fue a sentarse bajo un sicomoro del bosque presa de una inmensa desazón. Habían corrido en su ayuda cuando las asaltaron de nuevo las turbaciones e, incapaces de otra reacción, se abrazaron a su hermana, sin saber muy bien qué era lo que temían. Así, enlazadas bajo la umbría protección del árbol, las encontró la llamada de su padre.

Las diosas cerraron los ojos, tratando de reconocer el origen de la fuerza que las avasallaba, y sintieron cómo la propia potencia las llamaba. Alzándose, llevadas por el viento, siguieron la emanación de poder hasta donde latía con más fuerza: frente a las costas de una gran isla que se hallaba muy al este.

No bien habían puesto los pies en la isla, escucharon un murmullo vibrante que aumentaba de intensidad. Con asombro vieron un frondoso sendero de llamativas flores que se abría paso desde la playa. Se precipitaron veloces por la fragante vereda en busca de su origen, sus hermosos cabellos ondeando a su espalda, semejantes en color y perfume a la flor del azafrán. Jadeantes, alcanzaron la orilla a tiempo de contemplar el culmen del portentoso espectáculo.

La bruma marina aprisionaba los rayos del sol y las horas contemplaron extasiadas la silueta del mar embravecido. Parecía luchar contra sí mismo, atacándose con las olas que venían



Las horas, las tres hijas de Zeus, compartían el sentido del orden de su madre Temis.

desde cada uno de sus innumerables confines, chocando unas contra otras hasta producir una feroz espuma. Ninguna de ellas se movía. Tenían los ojos fijos en la hipnótica visión mientras sus dedos descalzos se hundían como raíces en la arena húmeda. Cada soplido de los vientos era más huracanado y su aliento las atrapaba en un abrazo gélido que esparcía sus hermosos bucles en todas direcciones. En medio de los aullidos del mar sentían cómo hasta ellas llegaba la blanca y húmeda espuma y apretaba sus vestidos contra sus cuerpos. Entonces, las brumas se ahogaron en el mar y el terrible estruendo adquirió la muda consistencia del recuerdo. Nada se oía en la playa, como si la vida comenzase de nuevo. Lentamente, las hermanas liberaron sus oídos de la protección de sus finas manos y dirigieron la mirada hacia el abismo azul.

Bajo los rayos luminosos del sol, que brillaban con más intensidad después de su prolongado descanso, las aguas ahora avanzaban fraternalmente hacia la playa. Traían sobre su efervescente pedestal una enorme concha marina, en cuyo centro se alzaba triunfante la proporción divina encarnada en forma de mujer. Su cuerpo desnudo era el mejor de los engalanamientos y las gotas de agua salada que la salpicaban devolvían al sol la luz que aprisionaban sus dorados cabellos. La blanda suavidad de su carne era más delicada que ningún encaje, y la armonía de su rostro, junto con las formas que redondeaban su cuerpo de nácar, revelaba su origen divino con la evidencia con que el rayo anuncia el trueno. Las horas se encontraban sobrecogidas ante el turbador espectáculo que era la desconocida que avanzaba hacia ellas. Recobrando la entereza que la imponente imagen les arrebatara, se apresuraron a recibirla.

—Sé bienvenida, nacida de la espuma —exclamó Dice, tratando de esconder su arrobamiento—. Debes saber que no estás sola en el mundo, sino que habitan en él poderes magníficos que lo ponen en movimiento y toda suerte de criaturas igualmente necesarias para completarlo.

Afrodita, la nacida de la espuma, tomó la trémula mano que Eirene le ofrecía y descendió por la alfombra de espumoso musgo marino que cubría la escalinata de olas que la conducía hasta la orilla. Al poner los pies en la playa, Eunomía cubrió con un manto la desnudez de la diosa. Por un segundo, el sol pareció apagarse, pero bastó una mirada de los vivaces ojos de la nacida del mar para que todo volviera a su sitio. A cada paso, la hierba crecía más verde y suave bajo sus divinos pies, y las ramas de los árboles se doblaban por el peso de exuberantes frutos que nacían, crecían y maduraban en un instante.

La diosa las siguió hasta un claro del bosque, transformando los arbustos en vergeles a su paso. La despojaron de su manto y su cuerpo volvió a encender los rayos del sol, mientras que sobre el claro se extendía una capa de fragante musgo para que ni la arena ni las piedras profanasen la carne de las diosas. Eunomía tomó una suave esponja y la empapó en las dulces aguas de un manantial cercano. Con ella masajeaba a Afrodita desde sus diminutos pies hasta su regio cuello, procurando que no quedara en el cuerpo de la diosa un solo resto de sal. Dice y Eirene acariciaban su piel con suaves paños empapados en aceites de mirto y rosas. A veces, cuando rozaban a la diosa sin que mediara entre ellas la sutil defensa de la tela, un estremecimiento repentino las recorría desde la punta de los pies hasta llegar a su rostro para terminar alojándose en forma

de rubor en sus mejillas. Entonces volvían los ojos hacia su propia figura y su mirada les revelaba que dulces eran también las líneas que perfilaban sus divinos costados, de luna la forma de sus pechos y terso el tacto de su vientre, sobre el que jamás se habían posado otras manos que las suyas. Al contacto de la diosa, se preguntaban si el roce de sus dedos provocaba en ella la misma grata turbación y anhelaban devolverle a la diosa una ínfima parte del placer que experimentaban.

Una vez ungida y perfumada, la vistieron con una fina túnica de lino teñida con flores de violetas, cuyos múltiples pliegues recordaban las ondas del mar de donde venía, y ataviaron sus extremidades con brazaletes del oro más puro. Para finalizar, trenzaron sus cabellos sobre la nuca con cintas de oro y plata, salpicando de jacintos su exquisito tocado.

Cuando hubieron terminado, se apartaron para admirarla, y Afrodita pudo ver el éxtasis en sus ojos.

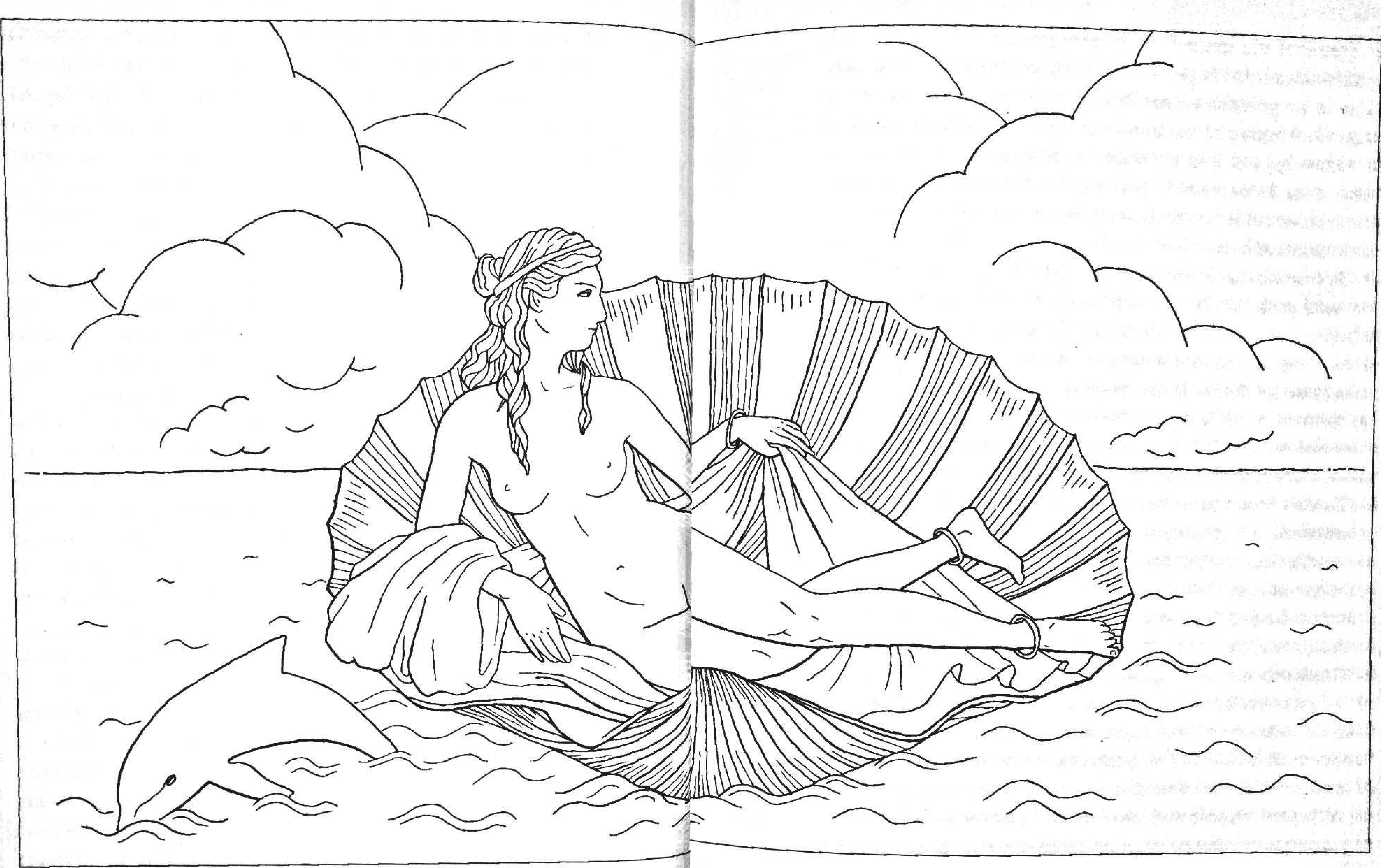
◊◊◊

En los campos, los hombres estaban afanados en preñar la tierra con el grano, arte que la diosa Deméter les había inspirado. Habían aprendido a separar la blanca cebada del dorado trigo, pero aún no habían comprendido que los higos que tanto les gustaban podían convertirse en espesas higueras ufanas de sus frutos. Entonces el murmullo de un canto cristalino llegó hasta ellos, mezclado con la brisa que les llevaba traidores recuerdos de una gracia que no conocían. Mientras hendían las semillas en la tierra, aún inseguros de la promesa futura, alzaban al cielo la frente llena de tierra y sudor, tratando en vano de averiguar el origen de aquel maravilloso canto, pues lo identificaban con la causa de su repentina nostalgia.

En las laderas del monte Olimpo, tres hermosas divinidades jóvenes, risueñas y alegres como cervatillos en primavera, entonaban melodiosos cantos para honrar a la regia Deméter, que las escuchaba complacida mientras atendía satisfecha al trabajo de los hombres. Su serena figura contrastaba con la fiesta que los dioses habían organizado en su honor.

Reunidos con el propósito de celebrar la fecundidad de los campos, no todos los olímpicos compartían la moderación de la venerable Deméter, y por muchas veces habían vaciado las copas repletas de néctar. Al abrigo de un exuberante roble, Zeus susurraba palabras tiernas al oído de su esposa Hera, mientras le escanciaba con fingida inocencia una nueva copa del divino líquido. La gran señora sonreía complacida ante las atenciones que su cónyuge le prodigaba. Junto a ellos, Hefesto se mostraba ensimismado, pues no siempre apetecían los fastos a su espíritu austero. A todo esto, los gemelos Apolo y Ártemis se alzaron para unirse al armónico coro de las tres jóvenes, a las que llamaban las gracias. La voz de la prudente Ártemis alcanzaba las más difíciles notas al igual que sus flechas de experta cazadora abatían las piezas más esquivas, mientras el joven Apolo tañía con sus dedos divinos su instrumento, arropando las voces con una bella melodía.

La excelencia de su canto llegó hasta los oídos de Afrodita, que se aproximaba conducida por las horas. El gozo que experimentó la diosa ante tan excelso sonido hizo sus pies más ligeros. Las hermanas ya no la guiaban, sino que la seguían en su veloz vuelo hacia el origen del canto divino. A su paso los sembrados reventaban de trigo, los bosques reverdecían frondosos y sus claros se colmaban de manzanos y mirtos.



Las aguas del mar traían sobre su pedestal una enorme concha marina.

Deméter vio estupefacta la transgresión del orden que la recién llegada había provocado y, como el resto de los dioses, aún se preguntaba maravillada por el origen del portento cuando Afrodita se manifestó ante ellos. En ese instante, el avellano bajo el que reposaba la diosa de las cosechas cubrió el suelo con sus frutos, y estos, a su vez, fructificaron en árboles cubiertos de bulbos de los que surgían miles de redondas avellanas.

Bajo la mirada de los presentes, Afrodita avanzó hacia Zeus. Al verla pasar, tan bella y rutilante, tan soberbia, nadie podía albergar la más mínima duda de que su naturaleza era eterna. Deteniéndose frente al soberano celeste, cuya majestad sobresalía entre los demás, la nacida de la espuma hizo centellear en su rostro una cálida sonrisa. Se oyó su voz musical:

—Soberano a quien llaman padre, he despertado a tu creación, y ahora vengo a tus pies a pedir un lugar en tu mesa.

Temis observaba la escena algo apartada, pues gustaba de mantenerse a la sombra. Veía que el brillo de los ojos de Zeus escondía cierta turbación y que Hera, junto a su marido, buscaba mejor acomodo en su asiento. Todos los dioses presentes contemplaban a la recién llegada con gesto extasiado.

Aunque Zeus mantenía su aplomo, luchaba por ahogar el sentimiento que le despertaba la radiante beldad de aquella criatura, cuyos ojos profundos y salvajes irradiaban la intensidad del océano del que había emergido. La brutal necesidad de poseerla lo subyugaba. Sentía sus pensamientos enmarañados como un ovillo y temía que, al mover los hilos, se destapara su verdadero ánimo. Alzándose de su asiento, abrió la mano y, con un movimiento amplio, indicó con ella un asiento libre, erigiéndose con ese gesto como padre adoptivo de la diosa.

—Dicen que la nacarada espuma es tu madre y por tal motivo te han puesto ese nombre. Siéntate con nosotros y comparte el dulce néctar y la sabrosa ambrosía.

Atraídas por la hermosura de la recién llegada, las gracias corrieron a tomarla de las manos para acompañarla a su asiento. Con una señal, pidió el soberano celeste que Apolo reiniciara la música, y así recuperó su animación la fiesta, aunque nadie apartaba ya de su atención los movimientos de la bella diosa. Frente al asiento de Afrodita, las horas acompañaron el canto de Apolo con sus cuerpos, bailando hasta que sus trenzas se deshicieron y lanzaron las flores que las adornaban al viento, e inundaron el aire con su encantador perfume.

Áglaya, la más joven y hermosa de las tres hermanas, se separó un instante del alegre grupo para trenzar una guirnalda con las fragantes malvas, lirios y azafranes que crecían por doquier, y coronar con ella la radiante melena de Afrodita, a la que invitó a participar en el baile. Sonriendo, la diosa declinó con timidez la invitación mientras recibía la guirnalda, pues sentía sobre sí la severa mirada de Hera. La bailarina insistió y Afrodita no quiso ser desconsiderada. Así se alzó detrás de la otra y, dejándose llevar, meció su cuerpo bien torneado por curvas voluptuosas. Mientras bailaba, sentía que el júbilo excitaba su risa y no podía contenerla. Sonaron sus carcajadas cristalinas sobre la música y recorrieron todo el banquete. Su gesto alegre, que ardía en el rubor dorado de sus mejillas, se contagió a los demás eternos, que, entre risas, se atrevían a tocarse con las coronas que les iba ofreciendo Áglaya. El mismo Hefesto contemplaba con placer los bailes de las muchachas, embargado igual que los

demás. Una alegría desbordante se había apoderado de ellos y sus risas argentinas se mezclaban con los líricos cantos.

Solo Deméter y Hera mantenían sus tocados incólumes y su gesto impasible, mientras los últimos rayos de sol caían sobre los montes. A la llegada de aquel nuevo poder, Deméter había temido su potencia, pues parecía superar a la suya, pero ahora comprendía que los dones de la diosa, aunque igual de fecundos, carecían de su orden, de su mesura, y eran como un torbellino, una explosión de la que emergía un alegre caos.

En ese momento sus pensamientos se vieron interrumpidos, pues Zeus, incómodo junto a la perspicaz Hera, apelaba al carácter apacible de Deméter para sosegar su ánimo.

—Hermana —le dijo—, después de esta noche, la tierra que tanto amas ya no volverá a ser la misma.

—Hermano —respondió Deméter en igual término—, tú eres el señor del universo y a ti te corresponde mantener el orden que nos has instado a crear.

Nada añadió el soberano a esta réplica adusta. Aquellas palabras enconaban su inquietud, le advertían de que no era tan cándido y simple el gozo que traía la recién llegada. Quizá su poder era indisociable del desasosiego, el mismo que a él le atribulaba. ¿Quién podría prever las consecuencias de esa nueva emoción que los embargaba? Debería mantenerla cerca para evitar que se extraviase. Eso debería hacer, se repetía, mientras echaba otro trago de gustoso néctar, sin ser capaz de apartar la mirada de la alegre comitiva que danzaba alrededor de la nacida de la espuma.

2

La hija adoptiva

Largos años de trabajosas siembras y prósperas cosechas se habían sucedido desde la llegada de Afrodita. Aquellos hombres que habían conocido sus prodigios habían dejado paso a otros, más audaces, pero también más violentos. Pese a su espíritu bélico, la necesidad los obligaba a seguir practicando las artes de la diosa de las cosechas, por lo que la nueva hija de Zeus continuaba solazándose junto a las gracias con las danzas que festejaban la agraria fecundidad de la regia diosa. Sin embargo, pese a que consideraba la morada celeste su hogar, no eran excepcionales las veces en las que añoraba el inconmensurable mar que la incubó en la larga noche de su gestación.

Esa mañana, como tantas otras en las que la brisa del sudeste escondía el recuerdo del salitre, Afrodita abandonó su lecho al despuntar el alba. Una bandada de cisnes blancos escoltó su vaporoso paso hacia los jardines en los que descansaba su magnífico carro de oro. Cuando llego hasta él, convocó con

un murmullo a las aves, que dócilmente se posaron a su alrededor, abrazando las divinas piernas con sus cuellos delicados.

La claridad violácea del amanecer confería a la diosa la apariencia de una efigie de amatista que surgiera de entre nubes aladas. Con suavidad, dispuso las ánades en el atelaje de su carro, donde las enganchó al tiro con correas de hilo de plata. Una vez que la hermosa auriga tomó las bridas, alzaron blandamente el vuelo hacia Pafos, en la costa de Chipre.

∞∞

Tras contemplar extasiada el ancho mar que le sirvió de cuna, Afrodita se despojó de sus ropas. Los mismos vientos que la mecieran entonces ensortijaban ahora su abundante melena para acariciarle el cuerpo, provocándole un grato cosquilleo que le hacía curvar la espalda y erguía los bulbos rosados de sus pechos, que despuntaban entre sus cabellos, que acariciaban la caracola de su ombligo y el suave y áureo bajo vientre.

Sin embargo, lejos de habituarse a tan deliciosa sensación, su estremecimiento era cada vez mayor. Sentía sobre ella una mirada que la recorría voraz y sedienta. Escrutó el paisaje y no tardó en vislumbrar, tras el perenne movimiento de las olas, la poderosa barba picuda de Poseidón, el señor de los mares. El temperamental dios la admiraba sin atreverse a revelarse. Afrodita, aunque complacida por su inesperada timidez, decidió castigar su insolencia llevándolo al límite de sus fuerzas.

Se acercó con indolente cadencia hacia su escondite y, recogiendo su ondulada cabellera entre sus manos, dejó al descubierto su anatomía, que se ofrecía al mar como un suave rompeolas de mármol. Poseidón, rendido ante la fascinación de la diosa, olvidó satisfacer su propio deseo.



Afrodita convocó con un murmullo a las aves, que dócilmente se posaron a su alrededor.

El agua la recorría ferozmente, empapando sus cabellos, que serpenteaban en mil direcciones como si obedecieran a las mil voluntades quebradas del señor de los mares. Cuando Afrodita juzgó que la paciencia del dios podría estar llegando a su fin, abandonó cimbreante las aguas. Mientras, los vientos velaban y desvelaban su cuerpo a su antojo provocando el delirio de su espía, que casi recibió con agrado que Afrodita recuperara el puesto que le pertenecía entre sus ropas.

Poseidón sentía que el oleaje se había apoderado de su ser y pretendía hacerlo estallar en incontables fragmentos de agua y espuma. No veía en el vasto horizonte más allá de las poderosas curvas de la diosa. Enfurecido por la cobardía que la eterna infundía en él, se le acercó por la espalda y la atrajo hacia sí con los brazos que gobernaban las olas.

Para su sorpresa, encontró prevenido al objeto de su deseo que, de un rápido giro, se liberó de su abrazo.

—Querido —le dijo cuando se hubo puesto fuera de su alcance—, aunque las aguas profundas hayan sido mi cuna, tu soberanía sobre el mar y todas sus criaturas no me alcanza.

El dios quedó paralizado. Había pensado que su fuerza y su prestigio habrían bastado para seducirla.

—¡Desdeñosa Afrodita! —dijo al fin—, en poco estimas el sentimiento que provocas burlándote de él. Conmigo tendrás el poder sobre las olas y de nuevo reinarás sobre la que fue tu casa. No existe un trono más ilustre para la hija de la espuma.

Afrodita escuchó el alegato del dios y, por un instante, sopesó su propuesta. Entonces, observó interesada su egregia figura, moldeada a fuerza de controlar tempestades, que en mucho recordaba la de su hermano Zeus, aunque su expresión mostraba un carácter salvaje del que el padre de los dioses carecía.

—Hermoso es el destino que dibujas y tentadoras son tus palabras, Poseidón —dijo con voz aterciopelada—. Sin embargo, aunque reinase sobre los mares y todas sus criaturas, sería la consorte sujeta a la voluntad de mi esposo y ahora, aunque mi casa sea la ciudadela celeste que ya tiene reina, mi poder se extiende por los cielos, los mares y la tierra, que es madre de todos y a nadie pertenece.

Una vez pronunciadas estas palabras, pensó que quizá la paciencia del dios no resistiera un nuevo ataque y, bajo la mirada suplicante del enamorado, que observaba impotente cómo su cuerpo se cubría de finas plumas, sus albos brazos se tornaron alas y escapó por los aires convertida en una grácil paloma.

Poseidón no hizo esfuerzo alguno por perseguirla. Había desplegado su regio poder para deslumbrarla, y someter sus deseos a la voluntad de la diosa había sido el precio de su arrogancia. Tal vez, se decía, la belleza de Afrodita no poseía el don de soliviantar y pacificar las aguas a su antojo, no obstante, podía enturbiar el entendimiento de los más poderosos dioses. Sabiendo que sus súplicas no serían escuchadas, el señor de los mares regresó a la inmensidad de sus dominios.

◦◦◦

Una risa argentina iluminaba con su eco el oscuro bosque del monte Cilene. Desnuda sobre un lecho de fresca hierba, Afrodita escuchaba divertida las antiguas historias sobre las hazañas de los eternos que Hermes —el heraldo del soberano celeste—, que yacía desnudo a su lado, recomponía para su regocijo. El dios adornaba con trampas retóricas sus travesuras de infancia, cuando, recién nacido, robó las vacas que guardaba Apolo mientras cumplía un castigo de Zeus.

—Tal como te relato fue, puedes creerme, que, cuando vino a reclamarme las reses —concluía el dios—, se las cambié por una tortuga, y todavía hoy está convencido de haber ganado con la transacción.

La alegre diosa no podía contener sus carcajadas. Conocía perfectamente cómo se habían desarrollado los hechos en verdad, pero eso no le impedía disfrutar de las agudezas de Hermes, quien siempre inventaba para ella la manera de hacer nuevas las viejas historias, azuzado por el vívido recuerdo de los labios de ella sobre su cuerpo desnudo.

Sabía el mensajero que había vencido donde el señor de los mares había fracasado y, en su personal satisfacción, parecía que tanto la mimaba a ella como se quería a sí mismo cuando engarzaba con sus besos un largo collar que uniera el delicado cuello de la diosa con sus acogedoras caderas. Afrodita intentaba concentrarse en el puro placer, pero no era raro que los comentarios burlescos de Hermes despertaran en ella un sentimiento de culpa. ¿Qué crimen había cometido Poseidón más allá de encenderse de pasión por ella?

Atrayéndola hacia sí, Hermes se dispuso a gozar de su inmensa fortuna. Al besarla, como poseía la capacidad de infundir en los sueños las hermosas imágenes que creaba con sus palabras, le inspiró una sublime visión en la que ensalzaba su belleza. Así se abandonó ella en sus brazos, y el tiempo se desvaneció.

Un rato más tarde, Afrodita cruzó los brazos sobre su cabeza, como si fuera uno de los cisnes de su brillante carro dispuesto a alzar el vuelo. Sonreía despreocupada recordando la hermosa fantasía que le había dejado la noche. En ella, su poder era al fin reconocido en toda su magnitud por los

olímpicos, que la proclamaban la más bella entre las bellas, por encima de la mismísima Hera. Hermes la observaba en su dulce despertar. Cuando ella abrió completamente los ojos, el dios trató de recomenzar sus placenteros juegos, pero entonces la diosa comprendió que su conciencia se había extinguido durante quién sabía cuánto tiempo.

—¡Insensato! —exclamó rechazándolo—, ¿cómo pretendes que nos amemos expuestos a la omnipresente mirada de Helios, el auriga del sol? ¿No trata siempre el radiante dios de desvelar los secretos que Selene, su hermana luna, le esconde?

Levantándose con brusquedad, Afrodita se despidió sin apenas un beso y, con una señal, llamó a sus cisnes. Hermes la vio montar en su carro y alzarse por el cielo en dirección al mar.

◊◊◊

Incluso en las primeras horas del día, cuando las oscuras brumas se entremezclaban con las primeras luces, era imposible no vislumbrar la morada de Hefesto. El dios se había construido en la ciudadela celeste el más suntuoso de los palacios. Enteramente de bronce bruñido, el centelleo de la mansión fortificada guiaba a la diosa como la estrella vespertina indica el atardecer.

En el patio interior, el dios probaba el movimiento autónomo de nuevos ingenios que había diseñado para que sirvieran a los olímpicos. Ocupado en ello, se sintió invadido por la inconfundible fragancia de las flores que se abrían al paso de la diosa. Agradablemente sorprendido por su visita, salió a recibirla al umbral porticado que franqueaba la entrada.

—Espléndida diosa, ¿qué te trae a esta morada? Si un deseo es responsable de tus pasos, formúlalo, pues tu sola visita me impulsa a complacerte.

Haciéndola pasar a las estancias interiores, ofreció un cáliz de néctar a la diosa que reiteraba la bienvenida de sus palabras. Al aceptarlo, Afrodita rozó con sus dedos la recia mano del herrero, y este, súbitamente, sintió un ardor tal que le recordó su fragua cuando, al golpear el yunque, le salpicaba por descuido un pedazo de carbón encendido. La diosa advirtió al instante el azoramiento que había causado:

—Generoso Hefesto —dijo—, nunca mi vanidad imploró las joyas que forjas con tu divino arte. Mas para sus cacerías diste a Ártemis flechas que no yerran el tiro y para la guerra juiciosamente vestiste a Atenea con una égida de bronce. Por ello, a ti me dirijo, pues se halla desarmada mi divinidad.

El dios le respondió turbado, aunque no por ello abandonó la franqueza que le era propia:

—¿Acaso crees que antepongo la guerra al amor? Ha sido la ignorancia de tu deseo el único impedimento para cumplirlo.

—Entonces, hazlo presto —dijo, satisfecha de la respuesta, pero entonces, sin saber muy bien por qué, añadió:— y, puesto que tú pones tu poder al servicio de los dioses, justo es que tengas la retribución que te corresponde. Igual que los hijos deben obediencia al padre, ¿acaso no deberían las maravillosas armas que salen de tus manos favorecerte?

Miraba fijamente a los ojos del herrero, de manera que, al oír tales palabras, este bajó la vista, mostrándose confundido.

En cuanto la bella visitante se hubo marchado, Hefesto abandonó su morada en raudo vuelo. Una nueva energía lo impulsaba, un vigor desconocido. Movido por esa fuerza extraña, sentía que volvían a él la elegancia y la sobriedad que por naturaleza poseía y que los eternos tantas veces olvidaban distraídos por la testaruda asimetría de su paso.

Se detuvo en la isla de Lemnos. Bajo su superficie había construido su fragua el herrero, contando con infinitas aberturas que dejaban al descubierto la sangre incandescente de la tierra. Mientras avanzaba por sus galerías, resolvió aparcar toda obra comenzada y forjar los deseos de Afrodita para demostrarle así su maestría. Al acercarse a los hornos, divisó las armas que moldeaba por encargo de Atenea. Arrinconó la aterradora égida repujada con escamas de oro, la coraza con la que la diosa guerrera acudía a la batalla. Junto a ella depositó la hoja que martilleaba hasta entonces, en la que trataba de fundir el temor con el oro y la justicia, para forjar una espada digna de la mano diestra de la diosa.

Entonces, inclinándose sobre el yunque, se enfrascó en la nueva tarea. Los rugidos de la lava, excitada por gigantescos fuelles, y el humo saturado de pavesas encendidas que se alzaba a los cielos a través de las resquebrajaduras que hacían las veces de chimeneas en la montaña delataban los profundos quehaceres que tenían lugar en su seno.

Cuando la isla retomó su parcial letargo, Afrodita envió un mensajero a recoger el objeto prometido, pues temía que Hefesto le reclamara con actos lo que ella le sugiriera con palabras. Al verlo llegar, el dios se sintió contrariado, pero pronto pensó que de nada servirían las exigencias ante la diosa. A buen seguro, se dijo, recompensaría su paciencia y admiración, virtudes loables que reconocería de modo patente en el mismo precioso ornamento que había fabricado para ella.

◇◇◇

Cuando Afrodita vio el fantástico ceñidor surgido de las entrañas de Lemnos, sus vivos ojos quedaron fascinados: aquella

pieza de apariencia leve aprisionaba todos los encantos de la tierra. En ella estaban repujados entre hilos de oro y plata el amor y el deseo, y junto a las más hermosas piedras se encontraban encastradas las infinitas conversaciones de seductora elocuencia que provocan el delirio de los más sabios. Sus níveas manos temblaron al comprender el alcance del trabajo del sublime artesano que era Hefesto y mandó llamar a Hermes para conocer su opinión. No pudiendo resistir por más tiempo, abrochó alrededor de su cintura el maravilloso ceñidor. La pieza caía lánguidamente alrededor de sus caderas marcando sus curvas y pronunciando sus volúmenes.

La visión del gesto fascinado del cínico dios, que tan rara vez se permitía mostrar lo que tejía su mente, le reveló al instante la excelencia del ingenio. La contemplaba incapaz de pronunciar palabra alguna, con la boca entreabierta como un náufrago que se dispusiera a satisfacer su hambre con un divino manjar después de largo tiempo a la deriva.

El júbilo que invadió el rostro de la diosa la hizo aún más bella. Comprendía que la virtud de la pieza estaba en relación con su propia belleza, por tanto, jamás permitiría que diosa alguna lo vistiera para no desvirtuarlo. Al igual que el rayo señalaba a Zeus como señor del cielo, desde ese día su coronada cintura la proclamaría como soberana del deseo. Y sin perder más tiempo, apiadándose de la pasión que consumía al joven Hermes, conjuró un dorado polvo de estrellas que los ocultara de posibles miradas indiscretas. Estimulado por cautivadoras promesas, el ingenioso dios inventó para ella las más voluptuosas caricias. Una vez más, los dioses se amaron.

Poco después, todavía recogida en los brazos de su amante, Afrodita despertó del placentero sueño en el que el solícito



Afrodita, fascinada por la pieza, mandó llamar a Hermes para conocer su opinión.

dios la había sumido. Con la mirada perdida en las nubes que pasaban perezosas, no pudo evitar pensar: «¿Qué hechizo hay en rendirse al ser amado?». De pronto dudaba del verdadero alcance del poder del cinturón. No quiso despertar a Hermes, que dormía satisfecho y exhausto. El ligero cuerpo de la diosa se hizo suave brisa y, alzándose a través del éter, puso rumbo a la resplandeciente morada de Zeus.

◇◇◇

Se acercaba Afrodita a las elevadas puertas del gran salón, congratulándose por anticipado del efecto que esperaba causar con su entrada entre los olímpicos, pues escuchaba los ecos de sus conversaciones reverberando en la antesala y se daba cuenta de que eran varios los presentes. Se disponía a hacer su aparición deslumbrante cuando llegó hasta ella la voz de Hefesto, que hablaba con tono sereno. Al escucharlo, se detuvo un momento al abrigo de las sombras de la columnata.

—Venerable Atenea —decía el dios—, justas son como siempre tus palabras y legítima tu furia, pues la urgencia de la diosa que llegó del mar ha dilatado tu espera. Pero no olvides que naciste bien armada y que es abultada la artillería que ha salido de mi fragua para tus valerosas manos.

La vanidad de Afrodita se deleitaba al escucharlo. Sabía la deferencia que Hefesto sentía por Atenea, por lo que comprendió que haber antepuesto su encargo al de la diosa obedecía a una emoción más intensa que un simple capricho.

—La belleza de Afrodita ha convertido la forja de Hefesto en telar —dijo Atenea, aparentemente ignorando al herrero y lo más seguro, pensó Afrodita, dirigiéndose a su padre Zeus—. Donde otrora surgieran los rígidos escudos que

protegían mis flancos, ahora fabrican dúctiles adornos que perfilan los encantos del amor. ¿Qué ejército ha robado las armas de Atenea? Ninguno, sino la caprichosa divinidad que gobierna sobre los lechos.

Indignada por estas palabras, la etérea Afrodita esperaba la reacción de los demás en su defensa, pues había oído muchas voces. Sin embargo, nadie dio réplica alguna.

Por su parte, el señor de los dioses sentía en sus carnes el enojo de la predilecta entre sus hijas, pues que el ecuánime Hefesto antepusiera los contingentes placeres del amor a las indispensables artes de guerra había empañado su ánimo.

—No se ha puesto Afrodita delante de ti en nada que no sea el tiempo —dijo Zeus—. No merece menos tu cintura lucir el ceñidor, y bien puede tu sabiduría repartir juiciosamente los dones que ella esparce a su solo capricho. —Y, volviéndose hacia el herrero, añadió:— Erraste, Hefesto, al poner los intereses de muchos por detrás de los de una sola.

El dios de la fragua se sintió lacerado por aquella consideración y lanzó una mirada a Hera, que, a un lado de su esposo, mostraba su disgusto con la reprimenda. Ella sola había engendrado por despecho al divino artesano cuando Zeus dio a la vida en solitario a Atenea. La molestia que sintió al principio al ver que su vástago no era tan agraciado como la de su marido se había desvanecido hacía mucho, sin embargo, el constante trato de favor que Zeus dispensaba a su hija no le permitía olvidar aquella antigua herida.

Afrodita no quiso escuchar más. Furiosa por el desprecio de Atenea y Zeus, irrumpió en el salón como una airada ráfaga que lo inundó todo con floral fragancia. Vio que allí estaban también Apolo y Ártemis, Deméter y la prudente Hestia. Ante

los atónitos ojos de todos ellos, presentó su soberbia figura, en cuya estrecha cintura lucía ufano el cinturón de la discordia.

Su exultante belleza y los recónditos deseos que inspiraba no necesitaban de más razones que su aparición para acaparar la atención de los presentes. Hera, sin alterar su regia presencia, acudió a recibirla, pues quería calibrar por sí misma el poder del cinturón. La radiante silueta que contemplaron sus ojos de novilla enturbió su ánimo, pues presagiaba las complicaciones de avivar el ardiente deseo que ya de por sí emanaba. Mientras tanto Hefesto, se apresuró a llenar un cáliz para la diosa. Afrodita le sonrió agradecida:

—Menospreciaría tu talento buscando las palabras para alabarlo —le dijo—, pues prodigioso es el encanto que han forjado las manos que sirven mi copa. Y si bien ellas han logrado mi reconocimiento, tus palabras hoy te garantizan mi respeto.

—Afrodita —respondió el herrero—, tu agradecimiento es tan innecesario como superflua mi creación, pues el mayor poder de la joya que rodea tu cintura es el de complacerte. Mis ojos nunca dudaron de que fuera la más bella entre las diosas quien solicitó los fuegos de mi fragua.

Atraído por una luz arrebatadora, Apolo dejó su copa en manos de su hermana Ártemis, que presenció contrariada cómo la abandonaba y se acercaba a Afrodita; la diosa sentía la mirada disgustada de las demás sobre ella. Turbado advirtió Zeus que Atenea se precipitaba hacia la puerta con paso airado.

◇◇◇

El silencio cómplice de la noche se cernía sobre el Olimpo. Los dioses habían regresado a sus moradas, mientras que, en su mansión, los soberanos celestes se había apartado un

momento para observar la bóveda estrellada desde uno de sus balcones. Reclinado en la balaustrada de mármol gris y oro, Zeus recibía con pretendida condescendencia las caricias de Hera, cuyos níveos dedos labraban y fundían a su antojo nuevos anillos de adamantio en la ensortijada barba de su consorte.

—Mi querido esposo, esta noche tus hijas han traído la preocupación a tu rostro. Ambas adultas llegaron a ti, pero solo una se comporta como tal. Afrodita exhibe arrogante su flamante cinturón, sin preocuparse de si empaña con él los dones de otras diosas. Debería moderar su insolencia.

El dios se sentía inquieto porque esas palabras reflejaban sus propios pensamientos, sin embargo, dirigió una mirada serena, apaciguadora, en busca de los ojos de su esposa.

—Hermosa Hera, no turbes tu augusta frente con nimias preocupaciones. El mágico cinturón no es más que un capricho para todas ellas, y, como tal, pronto quedará olvidado.

Por un momento, la gran señora le sostuvo la mirada y, mientras sopesaba sus palabras, deslizaba sus amantes manos desde su barba hasta sus hombros, donde encontró la línea recta y casi infinita que formaban, que sostenía firmemente el equilibrio del universo. Entonces, acercó la boca al oído de su esposo y susurró:

—Incluso tú, de natural ecuánime, has permitido con tu impasividad que la hija que surgió armada de tu cabeza, cuya sabiduría es proverbial, abandonara iracunda tu casa, y que aquella que acogiste como si fuera nacida de tu simiente acaparase la atención que solo a ti corresponde. Has preferido, justo entre los dioses, la algarabía a la templanza, y esa no es debilidad que pueda concederse el padre de los inmortales.

Enmudecido, durante un instante pensó Zeus en aquellas palabras, no porque dudase de su verdad, sino por el significado que tenían en boca de su esposa. Se daba cuenta de que quizá la disputa peligrosa para el orden cósmico estaba en verdad entre Afrodita y Hera, y que no podía permitir que ninguna de las dos creyera que contaba con su apoyo.

—Si tanto te preocupan los disturbios que acarrean los eternos —le espetó fríamente—, mejor harías preocupándote por nuestro hijo Ares, pues en sus guerras no hay bordados ceñidores y su vanidad solo se satisface con la sangre. Este hijo ha heredado de ti su furor irreprimible.

Hera detuvo sus caricias. Aunque se sentía molesta por el ataque, no osó apartar la mano de inmediato.

—Ares aún no sabe controlar el ímpetu de su juventud. Pero si sus actos te han irritado, envía a Hermes a buscarlo para que obedezca los designios de su padre como hijo que es.

Mientras así hablaba, había ido retirando la mano y separándose de su esposo. Sin su calor, el cuerpo del dios se enfriaba al mismo tiempo que su cólera. Se disponía ella a recogerse adentro, cuando la mano de Zeus la alcanzó. Hera comprendió la táctil declaración y, al volverse de nuevo hacia él, sus cabellos sueltos volaron alrededor como un río que desembocara en un delta dorado. Se acercaron el uno al otro y el dios de los cielos convocó entonces una lluvia de luminarias que llenaron la noche de hilos dorados. Hera la contempló en sus brazos, aunque, pese a todo, en su interior crecía la inquina hacia Afrodita, pues había traído la sombra de la disputa a su tálamo nupcial.

3



Pasión mortal de Zeus

El látigo de Ares sacudía polvo de sangre de las llameantes crines de sus caballos de guerra. Corrían los temibles corceles incansables por el campo de batalla, hostigando a los desafortunados adversarios del dios con su mortífera carga. En su brillante armadura veían reflejada sus enemigos su despiadada aniquilación, pues Ares no atacaba, sino que acometía con furiosa vehemencia los pechos de los soldados, que caían con las cabezas separadas de los cuerpos, los brazos desgajados, las entrañas volcándose sobre el suelo. El vigor de sus brazos alcanzaba con la lanza a los enemigos que huían, y con su recia espada sesgaba de un tajo las vidas de los valientes que le presentaban batalla, cuyos cuerpos yacían en el campo de batalla dispuestos en macabros escorzos, como si fueran títeres a los que hubiera dejado caer de improviso la mano que los animaba. Solo cuando la desolación hubo tomado el puesto de la vida y los pocos que aún podían tenerse en pie prepara-

ban las piras que conducirían a sus heroicos compañeros a su eterna morada, regresó el temible Ares a su palacio en Tracia, donde lo esperaba Hermes, el dador de mensajes celestes.

Quitándose el yelmo de bronce con la alta cimera roja con la que señalaba a sus adversarios el punto exacto desde el que les llegaría la muerte, sus corvinos cabellos asediaron sus afiladas facciones. Sus ojos intensos, que absorbían toda luz hasta el punto de que nunca nadie se vio reflejado en ellos, anticiparon la pregunta a su entrometido hermano.

—¿Qué has venido a hacer aquí? En las guerras los hombres no escuchan, ni se divierten en esos refinados juegos de palabras que tanto aprecias. Lo único que sale de sus gargantas son gritos de victoria o alaridos de agonía.

—No lo dudo, hermano, si han de dialogar contigo —sonrió para sí—. Tus acciones despiertan iras temibles, mucho más que los héroes que desuellas. La raza de hombres que hoy medra sobre la Tierra es hermosa y valiente, y posee la audacia y la inteligencia de la que carecieron las anteriores. Erigen templos donde veneran a los dioses y levantan palacios gobernados por hombres justos. Grandes héroes nacen con la magnánima misión de enardecer el prestigio de su patria. Nuestro padre teme que los destruyas con tus guerras, pues al fin se siente satisfecho. ¿Será su propio hijo quien arruine el orden del mundo? Esta cuestión me envía a consultar contigo.

—Si tan satisfecho está con ellos el padre Zeus, ha de estarlo con todo lo que guarnece su carácter —contestó Ares colérico—. También los hombres son ambiciosos y creen que la gloria coincide con el poder, con la dilatación de sus fronteras. Los reinos se enfrascan de continuo en luchas implacables que yo no provoco, sino que solo comparto.

—No discutas conmigo, soldado, pues solo soy el emisario. El mensaje es una orden divina y quien lo envía, el soberano del Olimpo: hasta tú, que has hecho del ímpetu tu modo de vida, debes meditar sobre tu proceder.

Para evitar otra réplica que complicara la conversación, puesto que su carácter variable le era bien conocido, Hermes volvió por donde había venido. A su espalda oyó golpear bruscamente contra la pared las armas de su hermano, que una vez más se dejaba dominar por la furia. El mensajero sonrió: nadie podía desobedecer las órdenes de Zeus.

Saliendo del palacio, Hermes señaló con su dorado caduceo hacia el noroeste, flexionó las piernas y se alzó en el cielo. Volaba el heraldo a toda velocidad por encima de los bosques, tan cerca del dosel arbóreo que agitaba las copas a su paso. Aunque se mantenía a distancia, la velocidad le hacía sentir el contacto de las hojas y la perturbación que se arremolinaba justo detrás de sus pies. Salió al mar y voló muy próximo a la superficie, que pretendía tocar con una mano, de manera que hendía las aguas y las proyectaba hacia ambos lados en dos cortinas divergentes. Vio entonces con asombro que un viento colérico descendía desde el norte, arrastrando nubes que oscurecían el cielo. Cada vez más furioso, el vendaval rizaba el rostro del mar e iba alzando de él una bruma helada. Intentó sortearlo cambiando el rumbo hacia el sur y fue entonces cuando las aguas se agitaron como si rompieran a hervir y, levantándose delante de él, formaron una muralla inexpugnable que lo arrasó. Hermes se revolvió en su interior a merced de su fuerza, sacudido por las corrientes, hasta que se fue aquietando su enojo y devolvió al mensajero a la superficie, donde quedó flotando mientras el cielo volvía

a brillar de limpio azul. ¿Qué había sucedido?, se preguntaba el dador de mensajes sintiendo su cuerpo dolorido.

En el gran salón de su palacio celestial, Zeus, arrugado el ceño, observaba a Hermes a través del remolino con el cual espiaba el mundo. Su heraldo flotaba en las aguas apaleado por una fuerza pareja a la suya. Lanzando un gruñido, se alzó de su sitial, tomó su cayado y se precipitó hacia las grandes puertas, que ya se abrían para franquearle el paso. En las laderas del Olimpo estaba nevando, pero le agradaba recorrerlas cuando su ánimo se hallaba inquieto. Las turbulencias que agitaban los corazones de los olímpicos estaban dejando de ser banales. Parecía que llegaba la hora de que él dejase de ignorarlo.

◇◇◇

Después de su gestación eterna, vagar por la inmensa anatomía de Gea ofrecía un deleite sin límites a Afrodita. Había llegado hasta las playas más orientales comprobando gozosa su propio poder. En los salvajes parajes a donde la llevaban sus pies, se le acercaban enormes bestias que encerraban en su pelaje el negro de las noches sin luna. Entonces la diosa acariciaba aquella piel de azabache y el animal himplaba de satisfacción. Su rugido era inmediatamente respondido por otra pantera, aún más grande y más oscura, que, tras unirse a la primera y enlazar ambas sus cuerpos entre los divinos pasos de la diosa, desaparecían juntas en la espesura del bosque.

Pronto quiso comprobar su poder entre los mortales, y en ello encontró uno de sus mayores placeres. La humanidad con la que tan satisfecho se sentía Zeus, la última de sus creaciones, daba criaturas bellas y proporcionadas como los dioses, y Afrodita se sorprendió reconociendo en la cadera o el torso

de alguno de ellos la sombra de sus semejantes inmortales. Le gustaba caer en forma de niebla cálida sobre las ciudades de los hombres y mujeres y envolverlos con su dulce aliento. Miraba risueña cómo sus ojos se dilataban mientras se miraban enajenados unos a otros durante unos instantes, como quien se contempla en un espejo y se embelesa con la imagen de sí mismo, doblemente fascinado por el encanto del objeto que observa y la vanidad de ser observado. Súbitamente, un grato estremecimiento recorría sus cuerpos y sus párpados se cerraban por un instante eterno que separaba el entonces del ahora, tiernamente avergonzados. Ese era el momento más dulce, se decía, pues era entonces cuando descubrían el éxtasis de estar sujetos al mismo poder que ejercían.

En ese punto, volvían valientes la cabeza para mirarse y, con una sonrisa que expresaba su beneplácito y a la vez señal de haber comprendido, los ingenuos amantes se acercaban el uno al otro según fuese su naturaleza. Ya fuera con un pícaro silencio o con elocuentes palabras, el final se repetía siempre y la pareja se alejaba deshaciéndose en promesas de amor eterno bajo la radiante mirada de la diosa. Disfrutaba desafiándose a sí misma, y para ello necesitaba crear las parejas más dispares: la princesa de más alta alcurnia y su siervo, el maestro de barba blanca y su lampiño aprendiz, las compañeras inseparables que estrechaban aún más sus lazos... Las combinaciones eran infinitas, y la bella inmortal se regocijaba pasando de una a otra como una hechicera en búsqueda de nuevos encantamientos que deleitasen su lúdica curiosidad.

En uno de sus paseos divisó en lo alto del monte Ida, pastoreando los mansos rebaños al sur de la región de la Tróade, a un joven troyano. Los bucles de oro escapaban del cónico

gorro con el que se protegía de la inclemencia del sol y, alargado tibiamente a la sombra de un olivo, vigilaba sin descanso sus ovejas. La escena hizo pensar a la diosa en un jovencísimo Zeus que amontonara las nubes. Sin duda alguna, la hermosura del joven en nada envidiaba a la de los dioses, incluso el mismo soberano del Olimpo se hubiera sentido halagado de la comparación y no hubiera dudado en proclamar su belleza. Fue en ese momento cuando Afrodita ideó el más osado de sus retos. Zeus había mostrado siempre un interés paternal hacia ella, y su corazón parecía inmune a su poder. Por otro lado, ¿podría despertar en el pecho del más poderoso de los dioses la pasión por un simple mortal que a ella le negaba? Cuando supo que aquel joven tenía por nombre Ganimedes y que era el hermoso hijo de Tros, rey de Troya, no quiso resistirse a la tentación por más tiempo.

Dispuesta a llevar a cabo su idea, en raudo vuelo se dirigió al celeste Olimpo, donde encontró a Zeus despidiéndose de Hermes con gesto preocupado. Se mantuvo el heraldo con ella tan distante como ella con él fue huidiza. Tiempo hacía que no volvían a entregarse a los brazos del otro, a pesar de los requerimientos del mensajero, pues, en su pasión por el descubrimiento de sí misma, el ardor de Afrodita por el dios se había apagado. Se cruzaron apenas una mirada de soslayo mientras uno salía y la otra entraba, sin que ello escapara a los penetrantes ojos del soberano de los cielos.

—Bienvenida seas, Afrodita —dijo Zeus, firme en su elevado trono—. ¿Qué urgencia te conduce con tanta premura?

—Vengo conmovida por una espléndida ciudad que medra a las puertas de la parte oriental del mundo —refirió Afrodita todavía recuperando el aliento—. Se encuentra en lo alto de

una colina entre los ríos Escamandro y Símois. Los hombres la llaman Troya por su rey, y cada día hace más magnífica la ciudad el talento de sus habitantes. Aunque faltos del ingenio de Hermes, han sabido hacerse los primeros, los más notables, entre los demás pueblos de la región gracias a su habilidad para acumular riqueza y poder. Construyen enormes naves con las que surcar las aguas de Poseidón sin temer su ira, al mismo tiempo que levantan palacios de los que el propio Hefesto estaría orgulloso. Hombres y mujeres se adornan con el encanto de las gracias, y sus dones para la música harían grata su compañía al mismo Apolo. Te admiro, padre de dioses y hombres, pues tu obra demuestra sabiduría y justicia, y contiene innúmeras maravillas. Esto quería referirte.

Tal diciendo, se retiró ante la mirada de Zeus, cuyo rostro había suavizado la aspereza que últimamente lo había deformado. Sus palabras, tal y como había supuesto, habían despertado el orgullo del soberano celeste.

Cuando la alegre conversadora se hubo marchado, la regia testuz del dios omnipotente se alargó para adoptar la picuda forma del águila y su vigoroso cuerpo se cubrió de plumas. Saliendo del palacio, batió las alas para levantar sus afiladas garras del suelo y se dirigió presuroso hacia la tierra, descendiendo en dirección a aquella vibrante ciudad.

Cuando planeaba por las laderas del monte Ida, una rústica construcción que destacaba entre el verde de los pastos y el blanco almidonado de los rebaños atrajo su aguzada vista.

Se trataba de una cabaña de madera de modestas proporciones, aunque perfectamente amartelada, a cuyo lado emergía un cobertizo de paja bien tejida con un cercado de madera en el que se cobijaba un hermoso ganado de nívea lana. Un

joven estaba abriendo la puerta de la cerca y, con la sola ayuda de su cayado, condujo fuera al vasto rebaño, que al moverse con sus cencerros plateados rompía alegremente la quietud de los montes. Atraído por la alegre algarabía, Zeus quiso ver mejor al mortal que lo conducía con pericia mientras cantaba. Avistó un enorme roble en el que posar sus garras y descansar del largo vuelo, mientras se distraía con la seria diligencia del adolescente, que gobernaba a sus ovejas con la solemnidad con la que los príncipes tratan a sus súbditos. Observó complacido los delicados rasgos del muchacho: sus facciones parecían de origen divino, y solo la sangre que se agolpaba en sus mejillas denotaba su origen mortal. Zeus sentía crecer su curiosidad por este atractivo príncipe cuya belleza era más digna de los terrenos del monte Olimpo que de los pastos del monte Ida. Tan absorto estaba el dios con su nuevo entretenimiento que no percibió que un par de ramas más arriba, escondida tras la frondosidad de las hojas, se ocultaba una espléndida tórtola dorada de ojos risueños y profundos que parecía estar esperándolo. Súbitamente, mientras el padre de los dioses sentía cómo su vanidad de creador aumentaba contemplando a la extraordinaria criatura, la hermosa ave alzó el vuelo. Al batir sus alas, las onduladas hojas del roble se sacudieron sobrecogidas, provocando una perturbación en el aire que atrajo la atención del águila divina. Extrañado, Zeus notó que las ramas se mecían suavemente envolviéndolo con su brisa, que le traía un perfume de flores silvestres que no le era del todo desconocido. Pensativo, algo melancólico por el recuerdo que no terminaba de regresar a su mente, el señor del Olimpo volvió la mirada casi de forma automática hacia la bucólica escena que tanto lo había complacido. Sin embar-

go, su desconcierto no se serenaba ante tan pacífica imagen, sino todo lo contrario. Su inquietud crecía mientras observaba los romos pómulos del joven y sus cabellos rizados, que escapaban del rojo gorro frigio con el que se protegía del sol. El cuerpo del muchacho recordaba al de los jóvenes dioses; modelado en las escarpadas laderas del monte Ida, parecía alcanzar la perfección hasta entonces reservada a los eternos. Un súbito desasosiego se apoderó del dios, ahuecando su emplumado pecho. Sacudió las alas en un rápido estremecimiento, como tratando de desembarazarse del perfume que le había dejado el viento, aunque sin éxito. De repente, Zeus observó cómo un cabritillo se escapaba del rebaño hacia la empinada cresta del monte. Ganimedes, interrumpiendo su jovial canto, lo siguió presuroso, pero la ligereza de la cría y sus patas montaraces lo mantenían a distancia. El muchacho corría cada vez más aprisa, soltando el cayado para obtener más libertad en sus movimientos y saltando con desenvoltura entre las rocas. Zeus no perdía interés en esta persecución, que le mostraba la agilidad y la perseverancia del joven. Ganimedes, dando un paso en falso al asirse al saliente de una roca, estuvo a punto de perder el equilibrio. Zeus irguió entonces su imperial testuz, sobresaltado. Los rápidos reflejos del pastorcillo lo mantuvieron firme, aunque su gorro frigio no tuvo tanta suerte y se quedó en el camino, desvelando una rizada cabellera que hacía pensar en una oveja de lana dorada. La cría se adentró en una gruta y el chico fue tras ella. Cuando desapareció de su vista, Zeus podía notar cómo se incrementaba su deseo de que continuara el desconcertante gozo que su visión le producía. Jamás había sentido pasión por un mortal. El señor del universo, se decía, no podía perder la dignidad

que lo legitimaba en los brazos de un simple pastorcillo. En ese momento, Ganimedes, sonriente y jadeante, salió de la cueva con el travieso cordero al hombro. Su torso se abría y cerraba por la fuerte respiración que el esfuerzo le había provocado, pero esa era la única señal de fatiga que mostraba, pues su hermoso rostro solo denotaba una renovada confianza en sí mismo. En ese momento, una enorme sombra cubrió el sol y su triunfante expresión se tornó en una mueca de terror. Sintió una suave aunque afilada presión alrededor de su cintura y observó aterrorizado cómo sus pies perdían el firme apoyo de los montes. El cabrito rápidamente saltó a tierra firme, pero los reflejos del muchacho de nada le sirvieron esta vez, y por mucho que gritó y trató de zafarse, sus intentos resultaron infructuosos. La tierra se iba haciendo cada vez más pequeña ante sus ojos. Pasado el primer estupor, alzó la cabeza: un águila de proporciones gigantescas lo sostenía.

—No temas, Ganimedes. Soy el señor del Olimpo, aquel al que honráis en vuestros templos. No te dejaré caer.

Estas palabras resonaron en el interior del muchacho como si provinieran de la majestuosa ave. Asombrado, dejó mansamente que Zeus lo condujera a través del éter.

∞

Un alegre bullicio animaba el palacio de los soberanos olímpicos. Allí se reunían para homenajear al matrimonio de los más poderosos dioses a quienes con respeto llamaban padre y madre, que celebraban el aniversario de sus himeneos. La fiesta era particularmente atractiva, pues Hefesto había regalado a la regia pareja un par de doncellas de oro forjadas en su fragua. Cada una tenía la silueta de una joven muchacha a la

que el artista había insuflado aliento en su pecho y la capacidad de aprender de los dioses. Los eternos se divertían viendo reflejadas sus maneras en las de aquellas cautivadoras figuras.

Todos rieron alegremente cuando, tras escanciar diligente el néctar en la copa que le presentaba Ártemis, la autómata adquirió una postura firme y orgullosa. Hermes brindó por la pícara sonrisa con la que después le llenó el cáliz, y Apolo saludó complacido al conjunto de los dioses cuando, tras verter su crátera en la copa del dios, el áulico artilugio adquirió la dulzura en sus palabras y el melodioso don del canto. Tras servir a Afrodita, la doncella se dirigió a Atenea con rítmica cadencia, que esta contempló con desagrado. Aun así, le prestó su copa, y desde entonces fue aquella doncella entre todos los autómatas de Hefesto la más diestra en sus menesteres.

La segunda de las doncellas forjadas por el herrero estaba consagrada solo a Hera. Cuando le llenó la copa, su actitud fue altiva y majestuosa. Zeus, sin embargo, no prestó demasiada atención a los artilugios de Hefesto, pues había convertido al apuesto Ganimedes en el copero del Olimpo, ya que no podía separarse de él.

Cuando la gran señora vio al hermoso muchacho sirviendo a su marido, volvió fríamente la cabeza y se hizo rellenar su cáliz con un austero movimiento. El mágico artilugio se apresuró a obedecer su deseo, pero al situarse de nuevo detrás de la diosa, alzó la cabeza con los brazos enlazados sobre el cuerpo en una absoluta posición de desdén.

La belleza del pastor y su juvenil desenvoltura pronto hicieron que los dioses se olvidaran de la mecánica novedad de los juguetes de Hefesto, prefiriendo la calidez de la piel del muchacho al frío metálico de los ingeniosos artilugios. Pri-

mero lo llamaban con deferencia, temiendo la posesiva mirada del soberano del Olimpo, pero cuando el néctar que les vertía el muchacho comenzaba a hacer su efecto, su prudencia desaparecía junto con su decoro. Algunos incluso vertían conscientemente el divino líquido para que el joven volviera a llenarles el cáliz, y más de uno cometió la osadía de pedirle que escanciara el rojo néctar directamente en sus labios.

Zeus sentía cómo el comportamiento de los dioses menoscababa su paciencia a medida que transcurría la celebración. Ninguno tenía derecho a disfrutar de los favores del muchacho, pues nadie sino él lo había convertido en inmortal. Al traerlo al Olimpo, había arrancado al joven de su tierra, alejándolo de su familia, por lo que la nostalgia empañaba siempre su mirada. Sintiéndose responsable de que su pasión fuera motivo de la tristeza de su amante, había dado a Ganimedes a probar la ambrosía solo a los dioses reservada. Desde entonces, le dijo, el Olimpo sería su casa, pues su lugar ahora estaba entre los eternos, donde llenaría para siempre sus copas con el fresco néctar.

En ese momento miraba a esos mismos dioses tratando de ocultar su desagrado ante las atenciones que prodigaban al joven copero al que él había otorgado tan preciado don. Debí haberlo nombrado exclusivamente mi copero, se decía. Había desechado la idea por temor a la ira de Hera, pero ahora se arrepentía al constatar el altivo desinterés con el que su esposa asistía a la celebración en su honor.

Su posesiva mirada se fijó de nuevo en Ganimedes, quien servía el dulce néctar a la más risueña de las diosas. Mientras escanciaba su copa, los expresivos ojos de Afrodita reflejaban la vanidad que la embargaba al observar el delirio que el joven frigio despertaba entre los dioses. La belleza de ambos reunidos acaparaba todas las miradas del mégaron, y ella fingía observar a Ganimedes para ocultar su rostro, resplandeciente por la victoria. Pero su gesto no escapó a Zeus, aumentando su ira cuando descubrió el avieso juego de la diosa y cómo se había dejado atrapar en él. Siempre había sospechado que su amor por el joven no era solo fruto de su pasión y, ante la expresión burlona que la hija que él mismo adoptara trataba de ocultar, identificó el perfume de rosas que flotaba en el aire el día que secuestró al copero, y ya no albergó ninguna duda sobre la identidad de la grácil tórtola.

En ese momento, unos pasos retumbaron en el palacio. Los rudos andares, que sonaban a tambores de guerra, anunciaban la presencia de Ares. Sin esperar a que nadie le dirigiera la palabra, el dios de la destrucción se volvió hacia su padre.

—Si yo no debo mezclarme con mortales, ¿por qué has traído aquí a uno de ellos?

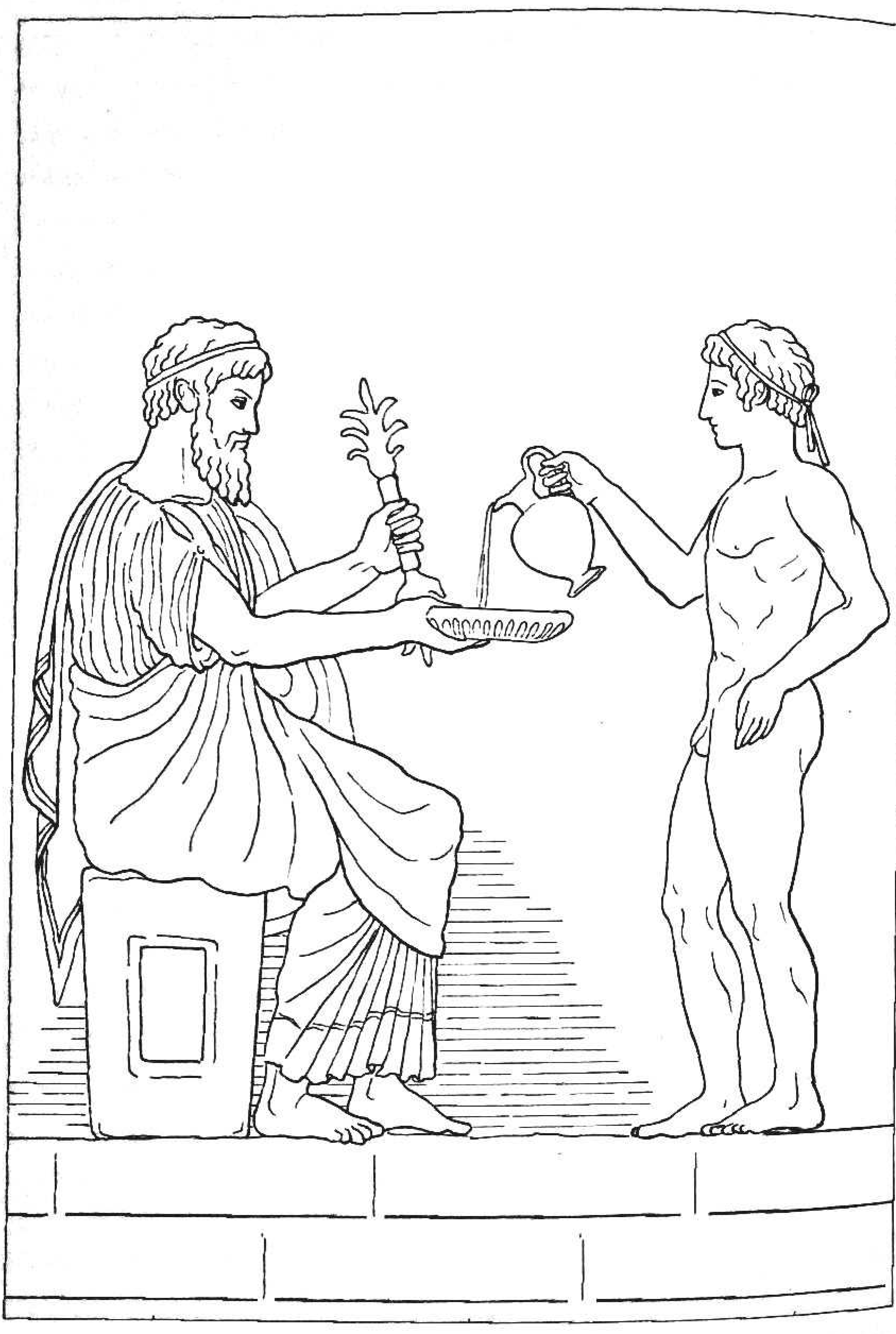
Zeus suspiró, haciendo un esfuerzo por contener el sentimiento agitado que en verdad albergaba su pecho.

—No provoques con tu lengua lo que no seas capaz de arreglar con tu látigo —respondió con serenidad—. ¿No puedes, sencillamente, complacer a tu padre?

Durante un instante, Ares quedó enmudecido, pero volvió enseguida su mente al convite y miró a los ojos de su padre.

—¿Puedo? —preguntó.

Fue Zeus quien calló entonces. Ares advirtió sobre sí la mirada de su madre Hera, pero cuando fue a buscarla, anhelando la comprensión que siempre hallaba en sus ojos, la reina volvió su coronada cabeza a otro lado, como si con ello intentara alejar de sí el conflicto.



Zeus había convertido al apuesto Ganimedes en el copero del Olimpo.

Por poco tiempo pensó Ares en la furia de su padre. Una extraña sensación se había apoderado súbitamente de su ser, similar a la excitación que sentía momentos antes de entrar en batalla, cuando las tropas enemigas que forman frente a las suyas evidenciaban el combate inminente, pero todo era aún incierto hasta que por fin uno de los ejércitos exhalaba un alarido y avanzaba. El dios acababa de ver por primera vez a Afrodita, y reconoció en ella al más bello y poderoso comandante al que se hubiera enfrentado nunca. La diosa, por su parte, quedó impresionada por el irracional valor de Ares, que osaba hablar de aquel modo al más poderoso de los eternos. Contempló su vigorosa presencia, que poseía el implacable coraje de la juventud y por sus gestos dedujo que su despotismo no nacía del egoísmo, sino del absoluto desinterés por el resto de los olímpicos. Desde que entró en la gran sala del trono, el dios no había dejado de examinarla con sus acuciantes ojos, y Afrodita entornó los suyos hacia las doradas pulseras que abrazaban sus muñecas antes de devolverle la mirada de improviso, reteniendo en sus profundas pupilas marinas todo el carácter del dios. El combate había comenzado.

Los días que siguieron al banquete, Zeus permaneció reflexivo. Comprendía, aunque nada le dijese, la irreprimible ira de Hera, pues como esposo la había herido doblemente, añadiendo a la ofensa del adulterio la humillación por la condición mortal del amante. Los últimos hechos lo obligaban a reconocer ante sí mismo que había trasgredido sus propias leyes, desestabilizando el orden divino que tanto trabajo le había costado instaurar. Sus propios actos lo deslegitimaban, y comprendió que debía sacrificar su pasión.

La noche envolvía los vastos terrenos del Olimpo. Desde el cristalino balcón de sus aposentos, el apuesto Ganimedes observaba melancólico la vida en la tierra, en la que no hacía tanto era un príncipe respetado por sus súbditos. Recordaba el sabor del cordero asado con hierbas y los combates en la sala de armas del palacio, cuando lucía su brillante armadura y era admirado por todos. Las costumbres de los olímpicos le eran ajenas y, aunque aún estaba maravillado por la compañía de los eternos, sentía que no bastaba la inmortalidad para convertirse en uno de ellos. Los sucesos de la otra noche no habían hecho más que confirmar sus temores. Presentía que algo debía suceder después del comportamiento excesivo de los dioses y la frialdad con la que la gran señora lo miraba. Entonces una enérgica brisa sacudió las altas copas de los árboles y al instante siguiente, como todas las noches desde que llegara al Olimpo, el señor del universo se encontraba frente a él.

Al verlo tan afligido, no fue difícil para Zeus averiguar la causa de su sufrimiento.

El robusto dios abrazó al asustado joven, cobijando su rizada melena en su pecho. Mientras lo acariciaba, trató de calmarlo. La culpa intensificó la ternura de sus palabras:

—Dulce Ganimedes, perdóname por haberte traído al Olimpo, pues pensé que era el lugar que te correspondía. Me equivoqué, y eres tú quien ahora sufre por mi error. Tu belleza merece un trono como el que te esperaba en la tierra, pero anclado en el cielo, para que sea admirado por todos y tú tengas el mundo a tus pies, como corresponde a tu noble cuna.

Ganimedes lo miró sin comprender, pero asustado por la solemnidad del momento. Entonces el dios lo estrechó más fuerte mientras lo besaba por última vez. El tono dorado del cuerpo

del joven se volvía cada vez más intenso y sus cabellos pronto fueron un haz de luz, hasta que todo su ser se tornó luminiscente entre los brazos del dios. En ese momento, Zeus relajó con tristeza su abrazo y el amante ascendió suavemente en la noche callada hasta formar una constelación de luminarias.

Abatido, Zeus no dejó de admirar su ascenso y, cuando lo contempló en su nuevo hogar en el cielo, un dolor agudo atravesó su pecho. El estado en que lo había sumido la pérdida de Ganimedes le hizo comprender que había llegado el momento de enfrentarse a la verdadera causante de su desdicha.

∞

Desde que la viera en el palacio de su padre, Ares buscaba a Afrodita e intentaba quedarse a solas con ella. La diosa se divertía con la impaciencia que el deseo de intimidad provocaba en el joven Ares. En el ánimo de la eterna, ningún inmortal lo superaba en belleza, pero tampoco en arrogancia, y no estaba dispuesta a allanarle el camino. Durante largo tiempo favoreció su exasperación dejando que sus pretendientes formaran una muralla que la protegiera de sus requerimientos.

Una mañana, anunció a las gracias que iría a pasear a un bosque cercano. Asegurándose de que Ares la había escuchado, emprendió cimbreante su camino.

Apenas llevaba unos minutos en el bosque cuando sintió que la seguían. La diosa entonces se detuvo junto a la entrada de una gruta y, apoyando su mano en los muros, arqueó su cuerpo para ajustarse los cordones de sus doradas sandalias. Los pliegues de su fina túnica abrazaron su cuerpo, ofreciendo a Ares la más cautivadora imagen de la diosa. Incapaz de contenerse, el dios le reveló su presencia.

—Divina Afrodita, inútil es que esconda mi figura cuando no puedo ocultar mi deseo. En la guerra soy señor de los ejércitos, pero ante ti ni siquiera soy dueño de mí mismo.

Afrodita no esperaba de Ares la adoración silenciosa de Poseidón o los elaborados discursos de Hermes, pero su cuerpo se estremecía ante el anhelo carnal de Ares, atávico y oscuro. Le sorprendía que, pese a su juventud, sus pasiones fueran ancestrales, avasalladoras e incontrolables como el fuego o la tempestad. Fijó sus ojos en los de él, que la miraban desafiantes tras su abrupta confesión y, por toda respuesta, lo tomó de la mano y lo introdujo en la cueva. Al contacto con el cuerpo de la diosa, los muros se cubrieron de fresca hiedra y una mullida explosión de flores silvestres fue su improvisado lecho.

El prodigio carnal de Afrodita había transformado en soldado al tirano, y solo a las órdenes de la diosa del amor obedecía. La visión de la inmortal desnudez le imponía las reglas del deseo, y en él ardía como los caballos que tiraban de su carro. Tomándolo de los costados lo atrajo hacia su cuerpo y, mientras lo besaba, Afrodita llevó a su boca, antes sedienta de sangre, el dulce sabor de la vida y el placer.

Al cabo de las horas, la voraz necesidad de estar uno en brazos del otro no se había extinguido, ni tampoco las fuerzas del dios, que asediaba incansable el cuerpo de su amante. Desde entonces no hubo para Ares orden más imperiosa que el deseo de Afrodita ni para ella otra potencia capaz de satisfacerla.

∞

A las orillas de la costa de Chipre, Afrodita posó sus rosados pies en la costa, en el lugar en el que mueren las olas. Inmediatamente, el mar envolvió su cuerpo en una espumosa

espiral y la llevó a sus profundidades, de las que surgió conduciendo un brillante carro de nácar tirado por traviesos delfines. Cuando estuvo en medio del océano, tomó una caracola y sopló suavemente en su interior, como si de una flauta marina se tratara, emitiendo un dulce reclamo. A la llamada de la diosa acudieron las nereidas, las ninfas del océano y los tritones. Afrodita necesitaba ese contacto con el mar y sus criaturas, que tanta añoranza le provocaba. Jugaba con sus compañeras a cabalgar las olas a lomos de un delfín o llevaba su carro marino hasta algún arrecife de coral. En esa actividad se encontraba ocupada cuando sintió una voz masculina que la llamaba. Cuando volvió su cabeza, se encontró con Hermes, que se sostenía sobre las aguas con sus sandalias aladas.

—Afrodita —dijo con solemnidad aunque sin mirarla directamente—, Zeus requiere tu presencia inmediata en el Olimpo.

—¿De qué se trata, mensajero de los dioses?

—Temo no poder satisfacer tu curiosidad —repuso algo incómodo por su ignorancia—, pues desconozco el motivo.

Y tras una breve despedida, abandonó el lugar, visiblemente incómodo ante la radiante presencia de la diosa, que lo trataba con la cordialidad que se ofrece a un desconocido.

Afrodita meditó las palabras de su antiguo amante. Si Zeus la convocaba con tanta precipitación, el anuncio no dejaría de ser importante. Así partió ilusionada hacia el palacio de su padre, pues estaba cansada de que los otros dioses la juzgasen como una divinidad voluble y caprichosa.

Cuando llegó, vio que estaban allí reunidos todos los olímpicos. La observaban con expresión interrogante, pues también ellos ignoraban el designio del dios. Solo Atenea percibía el momento con desdén, cansada de ver siempre a la hija de la

espuma en el centro de todas las miradas. Afrodita le devolvió una sonrisa burlona, que no hizo sino aumentar el desprecio de la diosa. Entonces, Zeus se alzó de su trono.

—Afrodita —llamó—, he de pedirte perdón, pues he descuidado mis deberes como padre. Celebrando el aniversario de mi matrimonio, olvidé concertar el tuyo. Pero ya he corregido mi error, y he buscado al esposo digno de tu divinidad.

Aturdida, la diosa no pudo contestar. Había esperado otro tipo de reconocimiento, pero si el padre de los dioses se había enterado de sus amores y quería entregar su mano a Ares, de nada servía negarse a sus designios.

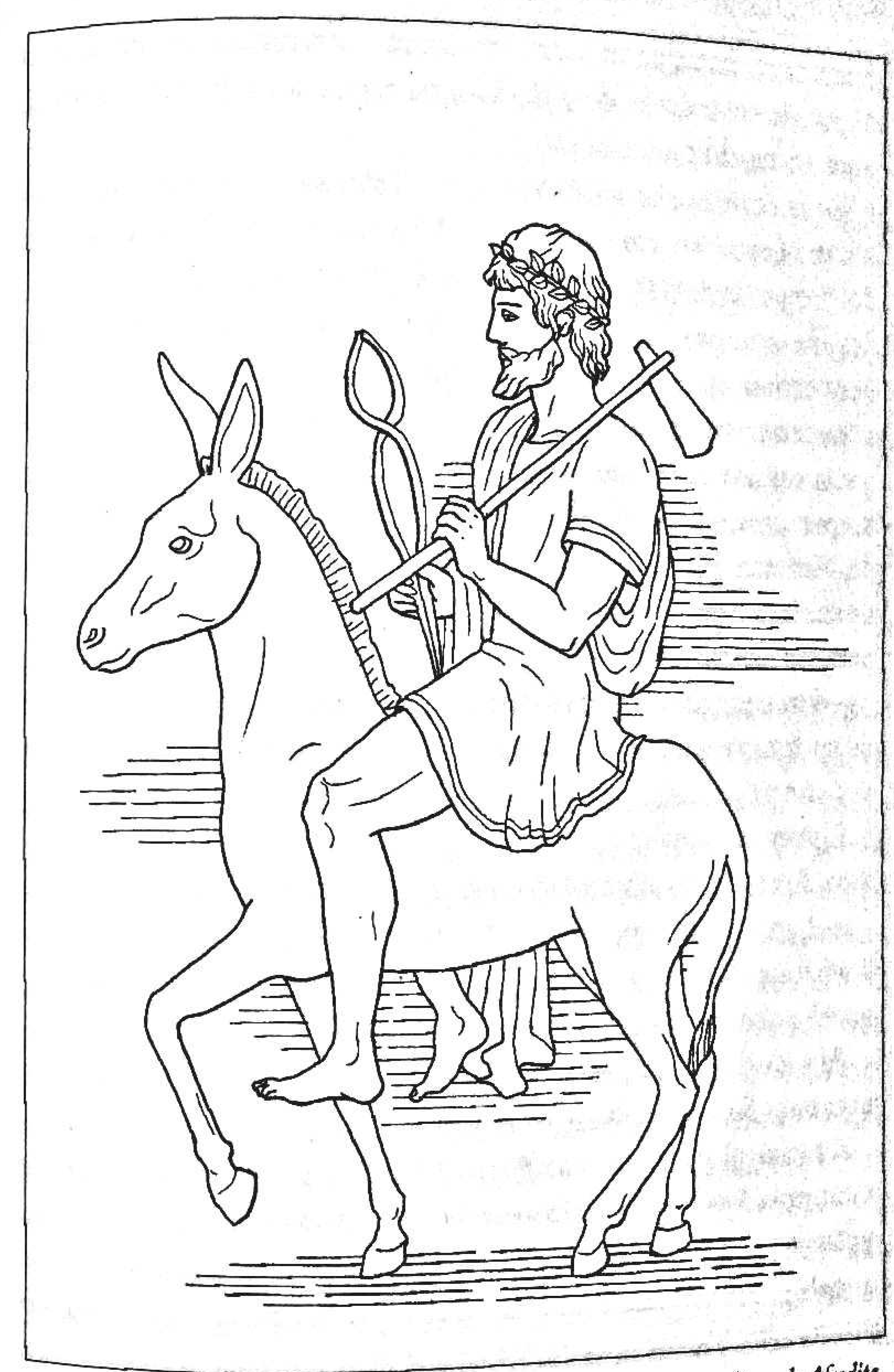
—Padre —respondió—, que el señor de la bóveda celeste nombre a su elegido, y estará nombrando a mi esposo.

Las palabras de la diosa causaron un gran revuelo entre las deidades masculinas, que se miraban desconcertadas. Poseidón atisbó a Hermes con desconfianza, mientras este observaba a Ares. Apolo, al contemplarlos, dedujo que cualquiera podría ser el afortunado, lo que trocó su asombro en esperanza. Las diosas no habían perdido detalle de la escena y, aunque para ninguna de ellas ese matrimonio fuese una opción, no dejaron de envidiar a aquel que desposara a la poderosa Afrodita.

Mientras tanto, la futura novia inclinó la cabeza buscando a Ares y, al encontrar su mirada, pudo leer en ella la misma turbación que la sacudía, la expectación ante el inminente momento y el vehemente deseo de hacerla su esposa.

Zeus, cuando el revuelo se hubo calmado, contestó:

—Puesto que así lo quieres, llamaré a tu esposo —respondió Zeus—: ¡Hefesto, aproxímate! De todos cuantos han solicitado la mano de la hija de la espuma, el aplomo y el



El aplomo y el comedimiento de Hefesto lo convertían en un esposo digno de Afrodita.

comedimiento que te caracterizan te convierten en el único digno de sostenerla. Ve y declara tu amor a tu futura esposa, pues ya ha sido aceptado.

Zeus continuaba hablando con Hefesto mientras los dioses se acercaban para felicitarla. Deméter y Hestia, la diosa del hogar, la felicitaron sinceramente, ensalzando las virtudes de constancia e integridad del dios del fuego, que lo convertían en un perfecto esposo. Ártemis también alabó al hacedor de sus dardos infalibles, pero hubo de reconocer hacia sus adentros que le divertía que la arrogante belleza de la que presumía la diosa fuera unida a la noble deformidad de Hefesto. Pero fue la hiriente satisfacción que Atenea no se molestó en disimular lo que le dio el coraje necesario para no derrumbarse.

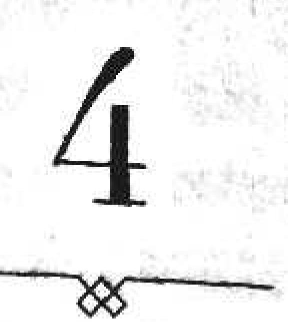
—En cuanto el herrero haya forjado en las profundidades de su fragua la dote que corresponde a tan excepcional hija —anunció Zeus—, celebraremos vuestras nupcias.

Entonces, Ares se acercó a ella, aparentemente para felicitarla. Abrazó con disimulado ardor a la diosa y le susurró:

—Largos días con sus noches se extienden ante nosotros hasta que el dios cojo acabe su ajuar. Para entonces, quizá habré conseguido que mi padre cambie de opinión.

Al escuchar estas palabras, las facciones de la diosa se relajaron, pues aún quedaba lejos el temido momento.

Gracias al consuelo de Ares, Afrodita pudo recomponer su ánimo a tiempo de afrontar la más dolorosa prueba, pues ya veía cómo Hefesto se abría paso entre los dioses que le daban encarecidamente la enhorabuena para saludar a su prometida.



4

La potencia incontenible

Bajo el pórtico escoltado por regias columnas, los moradores de la ciudadela olímpica al completo, sin faltar Ares, al que se veía áspero e incómodo, esperaban la llegada de la futura esposa mientras el anfitrión, Hefesto, les servía elixir de flores de adormidera endulzado con miel que, especialmente para ese día, había destilado ella, experta en enardecer los sentidos. Los cálices que lo contenían eran del oro más puro, como correspondía a las nupcias de la dorada diosa. Dispuesto a complacer a la novia en el más nimio detalle, el divino artesano había labrado en ellos frágiles rosas y vivaces anémonas, sus flores predilectas. Mientras esperaban la llegada de Afrodita, los eternos bebían a la salud de la pareja.

Zeus se felicitaba por su propia decisión: había concedido la mano de la risueña diosa al dios de la fragua por su carácter firme y austero, que hacía de él un marido perfecto para templarla. ¿Podría la vida marital serenar el voluble tempe-

ramento de la diosa? Liberado de tan pesada preocupación, el soberano universal se volvió a mirar a su esposa. El manto ornado con intrincados bordados de plata que para ella había tejido Atenea reclamaba poderosamente la atención y extendía un halo argentino alrededor de su semblante, donde destacaban los suaves destellos de sus ojos.

No pasaban desapercibidas a Hera las miradas que le dirigía su marido. Ante él, a veces se mostraba discreta y otras, provocadora, ya que, aunque le complacía la reacción de Zeus, no podía dejar de contemplar la felicidad del herrero y sentirse rebosante de gozo. Representaba para ella aquel matrimonio la expresión de su triunfo sobre Afrodita y, al mismo tiempo, su rendición como madre de un sentimiento de culpa que la había acompañado desde el nacimiento de su hijo.

No había venido Hefesto al mundo por amor ni felicidad, sino por el hartazgo de Hera de las infidelidades de Zeus y los bastardos que daban como fruto. Por su propio poder nutricio, la gran señora quedó encinta sin intervención de criatura alguna. Pero al descubrir, una vez lo tuvo en sus brazos, que su vástago no era tan agraciado como los hijos de su marido, se sintió contrariada. En su ofuscación, le pareció un monstruo, aunque no lo era, e interpretó su desgracia como si la venganza que había planeado se volviera contra ella. Un ataque de furia la hizo arrojar al bebé desde lo alto del Olimpo. La caída que sufrió el recién nacido no podía matarlo, mas lo dejó cojo. Pero Hefesto había heredado la fuerza y el arrojo de su abuelo Crono y consiguió regresar al Olimpo y forjarse, con su arte insigne, un lugar entre los eternos.

Desde el momento en que lo dejó caer, Hera vivió devorada por la culpa. Su orgullo había prevalecido en ella sobre

la ternura materna. Sin embargo, ver recompensado el tesón de su hijo con aquel matrimonio borraba ese sentimiento y la envanecía: su vástago, fruto exclusivo de sus entrañas, era el único dios que Zeus había considerado capaz de moderar la caprichosa voluntad de la diosa. Sintiendo la ardiente mirada de Zeus sobre ella, se acercó a su lado.

—¿Recuerdas nuestra noche de bodas?

Zeus se sintió exaltado al volverle a la mente con inconmensurable afecto la inflamada noche que hizo durar trescientos años. Desde que ignorara sus advertencias y acabara metiendo en su casa a Ganimedes, no había vuelto la gran señora a hablarle con aquel ardor. Su ira era terrible, pero reconocía el soberano que no había otra diosa más dulce y apasionada que ella cuando su ánimo estaba sereno. Hera pensó que él le iba a responder, sin embargo, Zeus alargó los brazos y los estrechó alrededor de su cintura. Cuando Hera puso las manos en su poderoso pecho, notó que el calor de aquel enorme cuerpo alejaba toda sombra y que los dos vibraban al mismo tiempo siguiendo la dulce música que acompañaba la comitiva de la novia.

Alegres, las horas deshojaban blancos lirios y purpúreos jacintos con los que trazaban un fragante sendero hacia la casa del novio. Las seguían las sublimes musas, que tocaban y entonaban armónicas sinfonías compuestas en honor de la hija de la espuma. A continuación, venían las gracias bailando con exquisita cadencia aquellos acordes. La comitiva se detuvo ante la escalinata del palacio, donde aguardaban los convidados, y las fuerzas magníficas que la componían se apartaron a ambos lados para dejar al descubierto a la resplandeciente novia.

La soberbia belleza de Afrodita enmudeció a los presentes, que así le rendían involuntario culto, olvidados de su condición de eternos por su excepcional hermosura. Las horas la habían tocado con una corona labrada sobre los bucles de su peinado. Su cuerpo estaba envuelto en una etérea túnica que las gracias habían teñido con cálices de narciso y lirio, y en su regio cuello lucía supremo el magnífico presente de bodas del novio enamorado: un collar compuesto por el engarce de dos sinuosas serpientes sobre cuyo lomo brillaban cien escamas de esmeralda. En el punto en que las fauces de las sierpes se tocaban, donde la pieza tenía su principio y su fin, una paloma dorada sostenía una perla en la que resplandecían las olas del mar. Su piel marfileña destilaba el perfume del cinamomo, y el cinturón que su esposo le forjara ceñía su talle exaltando sus formas vivaces, latientes.

Zeus descendió la escalinata para ofrecerle su mano. Con tan adorable compañía ascendió de nuevo en dirección a Hefesto mientras el largo manto de la diosa acariciaba los escalones. Como padre adoptivo de la novia, el señor del universo ofreció su mano al divino artesano. Dos luminarias destallaron en los ojos de Hefesto cuando tuvo esos delicados dedos entre los suyos. Afrodita le saludó con deferencia y, así enlazados, la introdujo él en su nueva morada. Zeus y Hera los seguían, y tras ellos el resto de los invitados, confirmando así la unión inmortal de la luz y el fuego.

◇◇◇

Desde que su esposa se instalara en su mansión, el herrero hizo todo lo posible por complacerla, pues no escapaba a su razón la evidencia de sus propios defectos, tan patentes para

él como las virtudes de ella. Durante el primer mes, organizó en su honor fastuosos banquetes para que los olímpicos pudieran agasajarla como señora del palacio mientras lucía las joyas más hermosas que él jamás había confeccionado. Afrodita disfrutaba de estas atenciones, pero si algo la conmovió fue el anhelo de complacerla que movía a su esposo.

Una noche, apelando a este sentimiento, la diosa le manifestó su deseo de visitar las costas donde había nacido, pues tenía el propósito, dijo, de favorecer con su presencia los cultos que allí le rendían. Nada extraño le pareció al esposo esta petición, e incluso alabó la piadosa solicitud de su esposa con los mortales.

◇◇◇

Ares regresaba a su palacio de Tracia exultante tras haber cosechado una victoria abrumadora. La batalla se había resuelto con la aniquilación casi total del ejército que había adoptado como enemigo. Conducía el negro tiro de su carro hacia las caballerizas cuando oyó que un llanto estridente rompía la calma de su morada. Era un lloro sin sollozos ni hipidos, un berrido que no denotaba temor, sino la mera presencia de quien lo emitía. El dios se dio cuenta de que procedía de sus habitaciones. Desenfundó su espada aún teñida de sangre y se dirigió veloz al encuentro del intruso.

Al abrir las puertas de su estancia, encontró tendida sobre su lecho a la más bella diosa, que sostenía entre sus brazos un bebé hermoso por su aspecto y extraordinario por las emplumadas alas que surgían de su espalda.

Ares no supo reaccionar. Bajando la amenazante espada, trató de comprender lo que veía. La fuerza del niño y su

coraje no le dejaron lugar a dudas: la diosa del amor sostenía a su primogénito entre los brazos. Conmovido por la incontestable perfección del primer hijo que la diosa le diera, se acercó a ella con suavidad para no asustar al pequeño y besó con delicadeza los labios de la reciente madre.

—¿Por qué no he sabido nada hasta ahora?

Afrodita alzó con ternura la mirada hacia su amante.

—No sabía dónde encontrarte y no confiaba en mensajero alguno. No podía permanecer en el Olimpo, porque jamás creería mi esposo que esta criatura encantadora, que rivaliza con Apolo en belleza, es su heredero. Zeus me ha obligado a cederle tu sitio en mi cama, pero no sabe que no ha podido obrar del mismo modo en mi vientre.

Ares, que había segado aquel mismo día cientos de destinos, quedó conmovido ante la idea contraria, la de engendrar nueva vida. Acercándose a Afrodita, tomó al bebé de sus brazos para contemplarlo, pues súbitamente sentía la necesidad de asegurarse de la perfección de su cuerpecito. El niño, molesto al verse alejado de la calidez de su madre, lo miró desafiante y luego batió con desesperación sus níveas alas para liberarse de aquel abrazo indeseado. Ares, el dios salvaje, se congratuló ante el ímpetu del bebé y, en un gesto del todo inesperado en él, llevó los labios a su frente para besarlo con suavidad.

—¿Cuál es el nombre de mi hijo? —preguntó con una paz desconocida.

Aprovechando la mansedumbre de su padre, se zafó al fin el recién nacido de sus brazos y volvió al seno materno en un torpe pero admirable vuelo. Afrodita acarició tiernamente sus bucles dorados.

—Afrodita me llamo por ser hija de la espuma, mi hijo es fruto de la diosa del amor: Eros será su nombre.

Deshaciéndose de su armadura, Ares pidió a los sirvientes una palangana para lavar su cuerpo, así como dulce néctar y ambrosía para celebrar el nacimiento de su primogénito. Cuando estuvo limpio y satisfecho, se tumbó junto a la diosa en el lecho y, abrazando su espalda, acarició su vientre, de nuevo liso, mientras contemplaba a su alado retoño. No tardaron ambos en quedar sumidos en un profundo sueño.

Cuando el dios despertó al día siguiente, la estancia estaba desierta. Inquieto por una tenebrosa duda, saltó del lecho y fue en busca de Afrodita y de su hijo. Como no la halló por ninguna parte, la desesperación hizo mella en su ánimo, se armó y salió apresurado. Apenas había puesto los pies fuera de la mansión, cuando divisó a Afrodita que surgía de entre la maleza con el rostro afligido. Iba sola.

—¿Dónde está? —preguntó Ares colérico y temeroso a la vez, incapaz de entender sus propios sentimientos, porque veía que la diosa había estado llorando.

Ella le acarició la mejilla y habló con voz queda:

—Un dolor como no había conocido antes me arrasa las entrañas, pero debo regresar a mi casa y sabes que no puedo llevar a nuestro hijo conmigo. No sufras, porque no lo he abandonado a su albur. Lo he puesto al cuidado de los animales del bosque, que solo con él se muestran solícitos. En su silvestre compañía tendrá lo que le negarían los olímpicos.

Afrodita no pudo evitar sollozar al decir esas palabras, y Ares, que comprendía ahora que su dureza solo aumentaba el dolor de la afligida madre, abrió sus largos brazos y la cobijó en ellos. Cuando ambos se hubieron serenado, la diosa lo besó.

Al instante sintió el dios una profunda tristeza que anticipaba un sentimiento de nostalgia que lo asaltaba por primera vez.

Aquella noche, cuando se cerraron las puertas de su palacio, supo Ares qué era dormir en un lecho vacío, pues hasta ese momento no había existido para él nadie excepto sí mismo.

◇◇◇

Parecía que el palacio de Hefesto se había contagiado de la quietud de los astros. Dentro, el herrero se recreaba en el recuerdo de su compañera, pues apenas hacía unos días que se había marchado y ya sufría su ausencia. Pensando que su lugar estaba junto a ella, intentaba decidir si debía ir a su encuentro. En ese momento le anunció su regreso la familiar fragancia de frescas rosas y anémonas que inundó la estancia, como en aquella ocasión en que la diosa visitara por primera vez su casa.

Yendo a recibirla, la tomó entre sus brazos y le dio la bienvenida entre ellos. Por toda respuesta, la diosa devolvió el saludo mientras lo ceñía con blandura, sin embargo, fue suficiente para que el anhelado fuego al que ella lo había acostumbrado estallara en su interior y se propagase por todo su ser.

Luego, en el tálamo nupcial, a las postergadas caricias le siguió el gozo del cuerpo, y finalmente el herrero disfrutó en el regazo de su inmortal compañera de las dulzuras del sueño. Acariciando el cabello de su esposo, Afrodita pensaba en su pequeño, que se criaría lejos, entre bestias salvajes. Al observar la expresión serena del herrero, no pudo evitar que la invadiera la ternura. Empezaba a apreciar la constancia de su amor, a admirar aquellos brazos que poseían el vigor de encender las fraguas, a disfrutar de las caricias de aquellas manos de orfebre que escondían la delicada destreza

capaz de plasmar el nacimiento del mundo en un ínfimo prendedor. Sin hacer ruido alguno, Hefesto se despertó y se hallaron los dos en la mirada del otro.

◇◇◇

Por demasiado tiempo había postergado el artesano su vuelta a la fragua y ya los olímpicos le reclamaban que aplicara sus artes a nuevos encargos. Pesaroso por tener que abandonar la llama del hogar por los carbones, anunció a su esposa que tenía que volver a sus trabajos y que se ausentaría hasta terminarlos, pues quería liberarse de las mayores urgencias para regresar con ella. Nada adujo en contra Afrodita, salvo que las órdenes del soberano celeste no podían desoírse.

El día de la despedida, Hefesto fue demorando su partida con triviales excusas, mientras su amada sonreía al ver sus dudas. Al fin, haciendo acopio de toda su determinación, puso rumbo hacia la isla de Lemnos.

Bajo las oscuras formas de un pájaro negro, Ares había contemplado impaciente la escena. Apenas podía controlar su cólera al ver la complacencia de Afrodita con el herrero cojo. ¿Qué placer podía encontrar una criatura tan llena de gracia al lado de un ser deforme y torpe, un mero instrumento en manos de otros? Por mandato de Zeus sufría ella aquella humillación, se decía. En cuanto el horizonte devoró a Hefesto, Ares recuperó su forma de guerrero y, sin precaución alguna, se precipitó hacia el interior de la morada de su hermanastro con la familiaridad con que irrumpía en su propia mansión. Al verlo entrar por la puerta, Afrodita lo detuvo sin esconder su enojo:

—¿Cómo vienes de este modo a casa de mi esposo en su ausencia? ¿No sufro bastante los recelos de los dioses?

—No me importan las leyes de los eternos —exclamó él, agitado por una arrogancia insana—. Yo te he dado un hijo y Hefesto solo una cama. Él es el impostor a mis ojos.

Por temor a ser descubierta, Afrodita se lo llevó hasta sus aposentos y cerró las puertas. Al encontrarse a solas con él junto al lecho conyugal, que había labrado su propio marido, sintió la diosa el frenesí de la transgresión y no pudo evitar recordar las noches de pasión inextinguible que había pasado junto al guerrero. Aunque no perdía la conciencia del peligro en que incurría, ver al poderoso Ares dejándose llevar por el deseo sin pensar en las consecuencias le hizo revivir el fogoso encuentro en aquella recóndita cueva en la que gozaron por primera vez el uno del otro. Entonces, desprendiéndose de su túnica, se recostó en el tálamo. Excitado por su hermosura siempre deslumbrante, Ares se deshizo de su coraza, que el mismo Hefesto había forjado, y la dejó a los pies del lecho como si hiciera una ofrenda ante el altar de la diosa. La espléndida desnudez del cuerpo ajeno parecía la única ley que los justificaba, de modo que, sin más límites que el vigor y el deseo, gozaron de su reencuentro adúltero.

En los brazos del fornido dios, Afrodita disfrutó de su energía incontenible, sin embargo, se sorprendía a sí misma pensando que su destino, que tan terrible pintaba su amante, no le era tan desfavorable en realidad. Si bien era cierto que Ares le daba un placer salvaje al que ella podía entregarse desatada, también lo era que desconocía los placeres que no fueran inmediatos o de los que no fuera él quien obtuviera el mayor provecho. Aun así, se convencía a sí misma de que el vigor del dios superaba sus defectos. Durante largo tiempo, aprovechando las ausencias de Hefesto, gozó del

acuciante ardor de su amante en largas jornadas hasta que ambos caían rendidos, casi inermes, tras satisfacer su lujuria.

Así fue hasta el día en que su esposo le reveló que Zeus le había encargado confeccionar un magnífico regalo para compensar al rey de Troya por la pérdida de su hijo Ganimedes. Había decidido el soberano que, en honor al copero de los dioses, entregaría al padre una cepa de oro que arraigaría en los fértiles jardines de la que fuera su casa. Mucho había insistido en que los frutos que diera fuesen del mismo material, para que cuando de ellos extrajeran el embriagador líquido, pareciese que lo había servido su propio hijo desde las estrellas. El divino herrero comprendía las dificultades de dotar de propiedades vegetales el frío metal, pero nada podía negarle al padre de los dioses, al que prometió trabajar día y noche en la fragua hasta que la maravillosa vid estuviera terminada.

Afrodita sintió un leve remordimiento, pues aquel trabajo era la consecuencia de los daños que el ejercicio de su poder había causado. Mas pronto se repuso, pensando que se le presentaba una excelente oportunidad de pasar tiempo con su amante sin necesidad de esconderse. Visitaría a Ares en su palacio.

◇◇◇

Tirando del sol, el carro guiado por cuatro caballos de Helios, el titán aliado de los olímpicos, apartaba a su paso la oscuridad del cielo y lo convertía en un mar de dorados destellos que bañaban cada rincón de la tierra. Desde su inmensa altura, siempre a las riendas, el radiante dios se volvía de vez en cuando hacia abajo y dejaba que los mismos rayos del astro señor del cielo transportaran su mirada. De ese modo, al compartir

su viaje, podía contemplar el mundo como pocos inmortales tenían la capacidad de hacerlo, aunque no por ello estaba al tanto de todo lo que sucedía, pues, como andaba absorto en su tarea, que no admitía extravíos, no era raro que le pasara desapercibido mucho de lo que ocurría a sus pies.

Fue al pasar sobre los dominios del dios de la guerra, donde siempre sorprendía a alguna ninfa de las aguas —amante de él— tomando un baño, que cierto día le pareció que una figura femenina se esforzaba en hurtarse a sus rayos, consciente de su mirada indiscreta. No era aquella una potencia cualquiera que meramente aprovechara las sombras del bosque para esconderse, sino que parecía desplegar un enorme poder para no ser vista. Excitada su curiosidad, decidió dar una vuelta sobre aquella parte del mundo para poder dilucidar qué presencia era aquella.

La luz se hizo más intensa en los vergeles que rodeaban el palacio de Ares, mientras Helios trataba, con sus rayos, de introducir la mirada por todos sus recovecos. Su insistencia aumentaba la temperatura y volvía la mañana sofocante.

Entretanto, abajo, ocultando sus caricias en el interior de las tinieblas que habían invocado con su poder, Ares y Afrodita llegaron al lago donde ella gustaba de tomar un baño muchas mañanas, un lugar de tranquilo reposo alimentado por un manantial que surgía de una escarpada gruta. Allí se despojaron el uno al otro de sus ropas y se introdujeron en las aguas, escondiéndose tras las rocas de las que brotaba el riachuelo. El líquido que manaba sin cesar sobre sus cuerpos terminó de despertar la sensualidad de la piel de Ares, estimulado por la visión del cuerpo de Afrodita. Con un rápido y firme movimiento la atrajo hacia sí, descubriendo en su

amante un tacto fresco, mientras besaba sus labios mojados. Entregados a su pasión, no fueron conscientes de que, si bien ocultaban sus cuerpos, no ocurría lo mismo con su reflejo, que ondeaba sobre las aguas que espejaban la ardiente mirada de Helios. Cuando el río le devolvió la luz que él mismo emanaba en forma de imagen, el titán se estremeció ante la identidad de la misteriosa mujer. No esperaba convertirse en testigo de semejante revelación. Tan incómodo como asombrado, dio la vuelta al carro y, jaleando a sus caballos, sacudió las riendas para alejarse lo antes posible.

Durante el resto de su camino sobre el cielo meditó Helios sobre los peligros que entrañaba aquel secreto. Se daba cuenta de que su silencio lo hacía partícipe de una violación del orden establecido por Zeus, de la humillación del hijo de Hera. Si lo ocultaba, se convertía en cómplice de esos delitos. No, se dijo, ocultar la verdad lo llevaría al Tártaro junto con sus hermanos, que penaban eternamente por defender a Crono cuando Zeus se levantó contra él. «No cometeré como ellos el error de apoyar al dios equivocado.»

Al caer la noche, guardó veloz el carro en las cocheras de su palacio de poniente y se dirigió a Lemnos, donde Hefesto trabajaba desde hacía muchas jornadas sin que la luz o las tinieblas lo detuvieran. En la fragua trasegaba el traicionado esposo, que lo saludó escuetamente mientras introducía un dorado racimo de uvas en el agua. Habiendo templado aquellas piezas, el herrero las depositó sobre su mesa de trabajo y se excusó por su informalidad, aduciendo que la labor que realizaba era muy delicada. Entonces, quiso aprovechar la visita para darle a probar el néctar de las doradas uvas que acababa de crear.

Las atenciones de Hefesto intensificaron el malestar de Helios ante la información que venía a revelarle. Bien veía en la confiada mirada de su anfitrión que no podía imaginar la naturaleza de su encuentro.

—Hijo de la gran señora, no es fácil para mí decir lo que albergo en mi pecho, pero es mi deber dártelo a conocer: he visto desde mi carro que el hueco que dejaste en tu hogar ya no está vacío.

Atónito se mostró el herrero ante estas palabras:

—¡Es una grave acusación la que pronuncias! ¿Estás seguro de lo que hablas? —preguntó, con la copa detenida de camino a los labios. Helios afirmó con un leve movimiento de la cabeza. Poco a poco se enardeció Hefesto—: ¿No te pudo cegar tu propia luz? ¿No podría ser otra la que has visto? Áglaye, la más hermosa de las gracias, es semejante a mi esposa en el talle y el tono de sus cabellos. No es raro que se vista con sus ropas y tome prestados los abalorios que en mi forja le diseño, recogiendo con ellos su cabello al estilo de Afrodita.

Helios sentía compasión por el amigo traicionado y le acongojaba ser él quien le descubriera la irrefutable verdad.

—No vendría a causarte aflicción si albergara la menor duda.

Hefesto dejó escapar un suspiro.

—¿Quién ocupa mi puesto?

—Tu esposa está en Tracia, en el palacio de tu hermanastro.

Se dejó caer el herrero en una banqueta mientras su mirada se perdía en el fuego, cuya visión aletargaba su dolor. Contemplando la llama, le pareció que esta lo invitaba a no consumirse, sino a trazar una venganza. El titán, inquieto ante la expresión perdida del dios, se despidió sin más y abandonó la isla a toda prisa.

De nuevo solo, Hefesto se levantó, como activado por uno de los mecanismos que él mismo forjaba, y, dejando que la furia manara a través de sus fuertes brazos, asió el banco de trabajo sobre el que reposaban sus últimas creaciones y lo lanzó contra la pared, donde se estrelló con todo su contenido, causando un terrible estrépito. Martillo en mano, se lanzó contra las piezas de oro, hojas de vid y doradas uvas, que ya tenía acabadas en sus anaqueles y se puso a machacarlas, haciendo temblar toda la isla con su repiqueteo.

Al día siguiente, cuando Helios pasó con su carro sobre Lemnos, observó que la resquebrajada piel de la isla vomitaba de sus desgajadas entrañas turbias nubes que oscurecían el cielo, mientras la tierra retumbaba con los recios martillazos que el marido engañado descargaba sobre el yunque. Imaginó el titán que el fuego de su ira avivaba el de la fragua, en el cual preparaba el divino herrero alguna suerte de metálica venganza. Lamentando haberse envuelto en tal asunto, Helios se prometió a sí mismo que en adelante pondría coto a su fisgoneo.

◇◇◇

Cuando Afrodita regresó a su casa, encontró a su marido en ella. Hefesto había vuelto para visitarla y, habiéndose lavado la suciedad que lo cubría y cambiado de vestimenta, se solazaba con néctar y ambrosía mientras aguardaba a que llegara. Se unió a él la diosa, sentándose a su lado.

—Amado esposo —le dijo con voz queda, mientras se servía una copa—, largo tiempo has estado separado de tu hogar. Me alegro de que recuerdes que ya no eres solo el herrero de los dioses, sino también el marido de Afrodita.

Hefesto apuró una copa de néctar antes de contestar:

—Ansiaba verte, pero no estabas.

No se inmutó ella lo más mínimo ni le produjo sospecha alguna el comportamiento de su esposo. Estaba particularmente frío, pero lo atribuía a la decepción de no encontrarla.

—Muchas son mis ocupaciones, bien lo sabes.

Hefesto no adujo nada, sino que se quedó observándola. Luego se alzó de su sitial y dejó la copa en la mesa.

—Debo volver. El trabajo no ha finalizado —dijo secamente antes de dirigirse a la puerta sin más ceremonia.

Afrodita observó estupefacta que se marchaba sin volver la vista atrás. ¿Cómo osaba despreciarla de ese modo? Estaba muy equivocado, se dijo, si pensaba que aquel desplante serviría para excitar su corazón dorado. Ignorándola solo conseguiría devolverla a los brazos de su amante.

◇◇◇

Al llegar al palacio, Ares encontró a Afrodita tejiendo. Incapaz de contener su frustración, la diosa había decidido dedicarse a una actividad manual que concentrase su atención. Se había sentado tras un imponente telar de perfumada madera de sándalo y brillante paladio que le fabricara el herrero cuando, queriendo dar una lección a todos los dioses que la menospreciaban viendo en ella solo a una diosa caprichosa, quiso emular la pericia de Atenea aprendiendo a tejer. La diosa movía las manos y el cuerpo como si de un baile se tratase, mientras arrojaba con furia las lanzaderas que trenzaban los hilos de un lado a otro. Tardó un instante en darse cuenta de que su amante estaba en sus aposentos, observándola extasiado. Al descubrirlo, dejó su labor y se volvió hacia él. Sus mejillas brillaban sonrosadas por el esfuerzo, y, mientras se le aproximaba,

Ares sintió su aliento entrecortado. La diosa se detuvo frente a su fuerte pecho y, sin decir palabra, le ofreció sus labios. No necesitaba él más provocación. La levantó en brazos y, mientras la besaba, la condujo hasta el lecho.

Sus manos buscaron ávidas el tacto de la diosa, deshaciéndose de las telas y abalorios que le impedían gozar de su contacto. Inflamado uno por los celos y la otra por la vanidad herida, cayeron desnudos en el tálamo nupcial. Allí se enzarzaron sus cuerpos, recorriéndose con las manos y engarzándose sus brazos y piernas. Un solo cuerpo efervescente de placer componían ya cuando un reflejo plateado se abalanzó sobre ellos y, cubriéndolos como un manto, se cerró alrededor de su carne. Sobresaltados, trataron de incorporarse, pero la red que les había caído encima se estrechaba respondiendo a cada movimiento para atraparlos con más fuerza, lacerándoles la piel. Cuando Ares trató de romper la malla con sus vigorosas manos, la presión que ejerció tuvo como contestación una contrafuerza que los elevó por los aires en medio de una maraña de hilos argénteos. Desistió el dios de sus esfuerzos, siguiendo los consejos de Afrodita, que por fin comprendía la actitud distante de su esposo. Hefesto les había tendido una trampa. Suspendidos en el aire, desnudos y aprisionados por la poderosa energía que actuaba en aquel mecanismo, quedaron los dos amantes como las uvas de un mismo sarmiento.

Tronó la voz de Hefesto. Sus pasos acelerados se acercaban desde detrás de la puerta, que se abrió con un estallido.

—¡Dioses del Olimpo! ¡Venid a ver cómo la hija de Zeus se entrega en mi propio lecho a su amante! ¡Venid a ver el oprobio del que os ha librado el destino, pues todos deseabais gozar de mi suerte! ¡Venid! ¡Venid! —repetía enajenado.



La diosa se detuvo frente a su amante y, sin decir palabra, le ofreció sus labios.

A su llamada acudieron llenos de curiosidad los poderosos inmortales, mientras que las diosas desoyeron los bramidos, molestas. Pese a las envidias que el cinturón de su contrincante invicta en belleza había despertado entre ellas, el pudor les impedía participar en semejante humillación y compartir las risotadas de aquellos a quienes en el fondo movía la lujuria.

Al contemplar el doloroso espectáculo del cuerpo de Ares confundiéndose con el de Afrodita, Poseidón lanzó a Hermes una mirada elocuente. Ahora podía sentir el mensajero celeste lo mismo que él cuando supo que la diosa prefería abandonarse al abrazo de otro. Hermes no reaccionó a la provocación, pues solo podía pensar con nostalgia en el amor de la diosa, a la que deseaba recuperar como fuese.

Mientras Ares se revolvía con rabia inútilmente, Afrodita se mantenía impasible. Se sentía decepcionada con su esposo y lamentaba el daño que se hacía a sí mismo con aquella exhibición, pues con ello se convertía en el hazmerreír de los eternos. Hefesto se sorprendió al descubrir conmiseración en la mirada de su esposa. Había querido verla suplicar su perdón entre llantos, pero ahora comprendía que eso nunca pasaría. ¿Qué perdía Afrodita alejándose del dios menos perfecto? ¿No temía el mismo Zeus sucumbir a sus encantos? En ese instante se dio cuenta de que, al confeccionar para ella el cinturón, él mismo había forjado el instrumento que había acrecentado sus males. Afrodita nunca ocultó su voluntad de inspirar deseo. No le había pedido una joya para adornarse, sino un arma digna de su poder. Era una potencia del amor carnal, el cual no existía si no era correspondido. Poseidón interrumpió los pensamientos del herrero.

—Bájalos, no prolongues más esta agonía. Yo me ocuparé de que Ares pague por su liberación el equivalente a los regalos matrimoniales que tú entregaste, pues justo es que aporte la dote quien ocupa el puesto del esposo.

—Es lo justo, sin duda —respondió Hefesto—, pero si él no cumple, exigiré que sea otro quien ocupe su lugar bajo la red. ¿Serás tú o será Hermes?

Poseidón, todavía conmovido por la belleza de la diosa, no podía soportar por más tiempo aquella exposición.

—Si Ares falta al compromiso, pagaré la deuda yo mismo y alojaré a Afrodita en mi reino. Ya basta de esta vulgar disputa.

Todos enmudecieron al oír estas palabras del señor de los mares. La diosa se sintió estremecida por aquella declaración, mientras que Ares apretaba los labios, rabioso. Todavía asombrado, Hefesto descubrió unas tenacillas de adamantio, el mismo metal del que estaba compuesta la red, y con ellas cortó las cuerdas que la estrechaban.

Los cuerpos desnudos de los amantes se desmadejaron en el lecho. Todos vieron que Ares, brutal en la batalla, era comparablemente cobarde en otras lides, pues, tan pronto como estuvo libre, abandonó la habitación fingiéndose furioso para disfrazar su impotencia. Ante la vista descarada de todos los presentes, Afrodita recogió el vestido del suelo y lo endosó tranquilamente. Luego se arregló el cabello mirándose en su espejo de plata como si estuviera en presencia de sirvientas. Con un movimiento de la mano, pidió que Poseidón le acercase el ceñidor, puesto que el dios lo tenía a sus pies. Cuando se lo entregó, ella le sostuvo la mirada un instante más allá de lo necesario, en el cual quiso mostrarle agradecimiento. Luego abandonó la estancia con la cabeza

bien alta, seguida al poco de los dioses, hasta que Hefesto se quedó solo, sumido en una insólita frialdad.

◇◇

Humillado como aquel día en que su madre lo arrojara desde lo alto del Olimpo, Hefesto no podía soportar la visión del telar vacío ni dormir en el lecho que había sido el escenario de su vergüenza. El palacio le recordaba los momentos felices en los que se sentía el único afortunado en el corazón de Afrodita. Todos los regalos que le hiciera seguían allí, pues nada había querido llevarse con ella, salvo el precioso cinturón. Es justo, pensó el herrero, no se lo regalé a mi esposa, sino a la diosa del amor. Taciturno, tomó uno de los mantos de seda de la diosa y dispuso con cuidado sobre él las maravillosas joyas.

Una vez pasada su indignación, no se había atrevido a repetir ante Zeus las palabras que dijera delante de los otros dioses. Seguía siendo su esposo, aunque era improbable que volvieran a compartir el lecho. Plegó la tela con sumo cuidado formando un paquete y se dirigió con él al único lugar donde sabía que podría encontrar la comprensión que necesitaba: el palacio de los titanes Océano y Tetis, allá donde encontrara refugio cuando su propia madre le negó su seno. Al llegar a las profundidades marinas, ofreció a la maternal Tetis las joyas que la díscola esposa ignorara en su marcha. Los dioses del Olimpo, que pasaron largo tiempo sin volver a verlo, ignoraban cuán cerca estaban de la verdad cuando decían que al desconsolado herrero parecía habérselo tragado la tierra desde aquel aciago día en que perdió su honor sin recuperar su fortuna.



5

LAS CARAS DEL AMOR

El ronquido de las azadas al horadar la tierra se mezclaba con los gritos que los dardanios exhalaban para invocar su fuerza mientras alzaban las pesadas piedras que estaban destinadas a ampliar las murallas de su ciudad. En medio de la vorágine, una regia figura supervisaba los trabajos de construcción. Tan pronto cargaba sobre sus fuertes espaldas las rocas que llegaban de la cantera como supervisaba que los muros que componían las dos caras corrieran paralelos. Bajo el reinado de Anquises, Dardania se había convertido en una ciudad próspera. Los hombres lo seguían abnegados, pues no eran guerreros ni esclavos, sino ciudadanos que participaban en la defensa de su hogar.

Desde la cima del monte Ida, Zeus contemplaba complacido las virtudes del joven rey, admirándose al constatar su parecido con Ganimedes, antepasado suyo. Anquises, empapado de fango y arcilla, parecía una estatua de terracota con la

forma que habría tomado el copero en la adultez que nunca alcanzó. Los descendientes de Tros se podrían confundir con los dioses, pensó el soberano celeste, meditabundo.

◇◇◇

Se extendían las risas de las ninfas en las laderas del monte, un risueño repiqueteo que advertía a los hombres que debían alejarse de su baño para no incurrir en su ira sorprendiendo su desnudez. Seducido por la felicidad que manaba de sus labios eternos, un cisne de alas níveas se acercó a la orilla del río donde jugaban. Observó la fresca belleza de las hijas de la naturaleza, que se solazaban en el agua. Entre ellas se encontraba Afrodita, que había formado un ramo de nenúfares y se divertía en engarzarlos en las frondosas melenas de las ninfas. Cuando nadaban, sus largos cabellos se expandían en el agua y cubrían su cuerpo como una noche dorada. El río, entonces, les arrebataba las acuáticas flores prendidas en su pelo y se las llevaba en veloz carrera por su cauce como estrellas fugaces.

Una suave brisa depositó al cisne en la orilla sin esfuerzo. Apenas aterrizó, vislumbró el ánade un centelleo que le hizo estremecer las alas. Alzando su grácil cuello, descubrió que el origen de los destellos se hallaba entre las ropas de la diosa, donde el controvertido ceñidor refulgía como si los rayos del sol se hubieran quedado atrapados en él. Tras unos breves instantes, el ave tocó la bella pieza con su pico y, en ese momento, la misma energía que lo hacía relumbrar pareció que se trasladaba a su cuerpo. Los ojos del cisne brillaron con el fulgor de la primigenia luz del mundo. El poder del cinturón lo había convertido en el más hermoso ejemplar que jamás se hubiera visto.

Cuando Afrodita lo vio acercarse sobre el agua fresca, quedó subyugada por la intensa blancura de su plumaje. Alargó la diosa entonces su exquisita mano y la deslizó por el cuello del animal hasta llegar a sus alas. El cisne se mantuvo quieto, disfrutando del suave contacto, hasta que la mano de Afrodita acarició su espalda. Llegado ese momento, el ave se enredó en el cuerpo de la diosa dulcemente. Conmovida por su ternura, ella lo estrechó entre sus brazos. Entonces el animal alzó su cuello hasta quedar frente a los ojos de la nacida de la espuma y rozó sus labios con el pico de modo que depositó en ellos, sin que ella se percatara, los fulgurantes destellos que el cinturón le había traspasado. Tras dejar a la propia diosa en el mismo ensimismamiento en que caían todos quienes la veían con el cinto, desplegó sus majestuosas alas, se alzó en el cielo y desapareció.

Afrodita permanecía inmóvil en el agua. Sus ojos, otrora vivos, miraban al vacío sin ver nada. Súbitamente, creyó distinguir entre los árboles la sombra de un joven, de anchas espaldas y robustas proporciones. Desconcertada, se sumergió en el agua para no ser vista, sin embargo, no pudo evitar sentir una extraña excitación al saberse sorprendida. Ahora bien, ¿quién era aquel hombre? No había llegado a distinguirlo, pero le había producido una impresión de familiaridad, como si ese cuerpo fornido, el de un guerrero esforzado, lo hubiera recorrido con sus manos. Al salir de nuevo a la superficie, él había desparecido, pero no así la inquietud que recorría su cuerpo. Bajo la extrañada mirada de las ninfas, la diosa abandonó el río y se vistió con premura, en un estado de desasosiego.

Lejos de allí, en otro plano de la existencia, el techo traslúcido del gran salón del palacio de Zeus mostraba la bó-

veda celeste en su inmensidad. Desde allí fue descendiendo el radiante cisne blanco en una espiral de luz hasta posarse en el trono vacío del soberano de los cielos, donde sus alas tomaron la forma de los brazos que mueven las nubes y las suaves plumas blancas de su cerviz se contorsionaron hasta convertirse en los cabellos que coronaban el mayestático semblante de Zeus. El pico anaranjado del ave se transformó en unos labios que exhibían una sonrisa triunfal. Tomando el cayado con el que gobernaba las nubes y el rayo, describió enérgico una elipse luminiscente en el suelo de la estancia, en cuyo centro apareció la imagen de la diosa.

◇◇◇

En los blancos templos de Chipre adoraban a Afrodita bajo la forma de una hermosa doncella o bien como un simbólico cono, pero en todos dirigían a ella sus plegarias. Complacida por tan devoto culto, la diosa se había hecho construir en los bosques de Pafos un suntuoso palacio en cuyas alcobas se recogía en busca de calma. Allí se había retirado desde su encuentro con el resplandeciente cisne.

Por la noche, no lograba que el sueño la alejara de sí misma, sino que la aproximaba a aquella sombra, cuyos contornos se delineaban hasta tomar la forma de un hombre de cabellos castaños como la madera de la higuera que los mortales le habían consagrado. Una barba poblada cubría sus mandíbulas y en sueños lo oía dar órdenes con tono firme pero templado. Debe de ser un rey, pensaba, pues nunca buscan hacerse respetar quienes son siempre obedecidos.

Conocía su cuerpo, su rostro, su voz, pero ¿cuál era su nombre? ¿Existía o era una ilusión? Una noche, al despertarse

intranquila, la brisa que traía el incienso de sus altares le entregó la respuesta que la obsesionaba. «Anquises», murmuraba la corriente, «Anquises de Dardania». Sin saber el motivo, una profunda melancolía se adueñó de ella y escapó por su boca mediante un suspiro, como aquellos que tantas veces sus admiradores exhalaban su por causa.

No pudo permanecer más a la espera. Inmediatamente se levantó, dominado su cuerpo por un extremo calor. En un instante se vistió, pero aun así la devoraba la impaciencia. Apenas había terminado de abrochar sus doradas sandalias cuando, mezclándose con el viento que le había traído el nombre, se dejó conducir por los aires hacia las murallas de Dardania.

◇◇◇

Cuando el sol surgía entre las montañas, la asombrosa extensión de la muralla se veía desierta. La fortificación, rodeada de estructuras de madera todavía en silencio, descansaba igual a un caballo sin jinete. Ya los hombres obedecían la llamada de los cálidos olores de las cocinas del campamento para reponer las fuerzas antes de retomar sus martillos y cinceles. Pero uno de ellos siempre se adelantaba. Como un jinete que recorriese el lomo, las patas, los cuartos traseros de su montura preocupado por su salud, así revistaba Anquises la muralla en busca de fallos o desperfectos antes de la llegada de los trabajadores.

Allí se encontraba él solo aquella mañana cuando vio extrañado una mancha que se aproximaba en el horizonte: una figura a caballo. ¿Era uno de sus súbditos o algún enviado extranjero? Mientras se acercaba, fue distinguiendo el joven soberano un soberbio corcel de blanco pelaje, superior a cualquier montura dardania en tamaño y majestuosidad. Tampoco

el jinete que lo conducía con elegancia parecía ninguno de los suyos. Entonces observó asombrado que quien gobernaba el magnífico animal no era un hombre, sino que, por sus formas ondulantes y sus cabellos recogidos en una gran trenza, parecía una mujer. Cuando estaba ya cerca, pudo distinguir que era una joven de alta cuna. En vano buscó alrededor la comitiva que debía acompañarla. Grabado en su silla observó un escudo de armas que desconocía. Su cuerpo era firme y dúctil, y mientras sujetaba las riendas, su espalda recta ofrecía al frente el terso busto y la escueta cintura. Jamás había posado su vista el rey sobre unos brazos más firmes y blancos. Se sorprendió pensando Anquises que hasta aquel momento no había entendido el significado de la belleza.

Tras saludarlo con refinados modales, la noble desconocida le preguntó por el rey de los dardanios.

—Soy yo mismo —dijo Anquises—. ¿Quién eres y por qué viajas sin compañía?

—Soy hija del rey Otreo, mas he extraviado en medio de la noche el camino de la comitiva de mi padre —mintió Afrodita, que había enmascarado su forma natural en la de aquella princesa de los mortales, a la que confería sin embargo todo el poder de su belleza eterna—. He conseguido llegar a estas tierras que me son desconocidas, aunque no así la hospitalidad de su rey.

—Siento que tal fama no sobrevivirá a este encuentro, pues siempre he procurado tratar a mis invitados con los honores que merecen, y no creo que pueda contar en Dardania con un alojamiento digno de tan excepcional huésped. Solo puedo ofrecerte el cobijo de una tienda y los platos que en el campamento preparan.

La falsa princesa agradeció sus atenciones e insistió en que no podría haber deseado nada mejor.

Anquises tomó las bridas de su montura y la condujo hasta las tiendas del campamento, en el cual la vida y el bullicio de los trabajos ya habían despertado por completo. Los hombres quedaban maravillados ante la visión de la hermosa princesa, apenas atreviéndose a mirarla de soslayo. Llegaron a una empalizada que rodeaba la gran tienda del caudillo de los dardanios. Allí ofreció Anquises su mano a la joven para que descabalgara y, al tocarla, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Dejando el caballo a un criado, la condujo al interior a través de las telas que cerraban la entrada. El rey dio orden de que trajeran los mejores manjares de la cocina.

No tardó el soberano en ser obedecido y se dispusieron a comer. Anquises se ofreció a ayudar a su huésped a encontrar el camino de regreso a su reino, aunque también la invitaba, dijo, si tal cosa la complacía, a permanecer en Dardania tanto tiempo como deseara. La princesa sonreía ante sus ofrecimientos y contestaba solícita a todas sus preguntas. Anquises la escuchaba embelesado, pues la hija de Otreo era una excelente contadora de historias. Le habló de su palacio, de la hermosura de las gentes que lo habitaban, del coraje de sus guerreros y la habilidad de sus artesanos. De improviso, Anquises fue consciente de su arrobamiento y bajó la vista para que no se percatara. Su gesto no pasó desapercibido a la diosa, que no había dejado de observarlo mientras hablaba.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

Anquises quedó en silencio por un momento en el que pareció meditar si era prudente dar su respuesta. Luego le respondió vacilante:

—Es tal tu hermosura y tan desconocido el placer que en mí provoca que no puedo creer que pertenezcas a la tierra de los hombres, y temo estar ofendiendo a una divinidad bajo tan ingrato techo.

Afrodita sonrió complacida y volvió el cuerpo hacia él.

—No existe mejor cumplido que aquel que no se busca. Otreo es mi padre, y como él soy mortal. Pero no te equivocas al ver en mi aparición un reflejo divino. Debo confesar lo que albergo en mi pecho, pues tu mirada me impide callar por más tiempo. Un oráculo me dijo hace mucho que en esta tierra soberbia encontraría al hombre que me llamaría esposa. Es por ello que anoche, al ver que el viaje que había emprendido junto a mi padre me llevaba tan cerca de aquí, pensé que el destino guiaba mi paso y decidí salir a caballo en su busca.

Anquises la miró con expresión grave, intentando discernir si la bella joven trataba de burlarse de él. Su pretensión no tuvo éxito alguno, sino que, al contrario, se vio perdido en sus ojos, atrapado por su halo delicado, atraído por la dulzura de su aliento. Notó que le faltaba el aire.

—Salgamos de aquí —dijo, alzándose presa de los nervios. Ella lo siguió, muy tranquila.

Una vez afuera, llamó Anquises a su palafrenero, que le trajo un regio corcel castaño y la blanca montura de la princesa. Pasearon por los alrededores de la muralla, cuyos trabajos le mostró orgullosamente Anquises, y luego se internaron en la ciudad que la fortificación protegía. Era Dardania imponente sin ser ampulosa, y Afrodita disfrutó viendo el afán con que sus habitantes laboraban para engrandecerla.

La galante compañía de aquella beldad había hecho olvidar por completo sus tareas al joven soberano, de modo que,

cuando llegaron al otro extremo de la ciudad, quiso mostrarle la frondosidad de los bosques del Ida. Más allá de sus terrenos de caza, explicó, tomaban sus baños las ninfas en lagos de aguas claras, aunque solo las oían cantar, puesto que nadie se atrevía a ir a verlas. Apenas se adentraron en la espesura, escucharon el aullido de un lobo en la lejanía. El corcel del rey, acostumbrado a cazar en aquellos parajes, permaneció impasible, pero el caballo de la princesa se espantó y se lanzó a un galope descabritado. Anquises sacudió las riendas para ir tras él y, como era un hábil jinete, no tardó en darle alcance. Cuando estuvo a su altura, se inclinó hacia la joven y, pasando su brazo alrededor de la cintura, la hizo saltar hasta su regazo. El blanco caballo se perdió en el sendero de regreso. Viéndose entre los brazos fornidos de aquel hombre, rodeándole el cuello con los suyos, la princesa lo contemplaba con una efervescente excitación en la mirada. Aún medroso, Anquises se decidió a hablar.

—Siento que una sombra enturbia mi mente, pues apenas si puedo soportar el placer de tenerte entre mis brazos. Temo y anhelo al mismo tiempo que no sea un engaño lo que has dicho sobre el oráculo.

La intensidad que palpitaba en los ojos de la diosa fue toda su respuesta. Anquises la estrechó contra su pecho y llevó sus labios a los de ella. Afrodita temblaba de agitación.

◇◇◇

Bajo el protector amparo de las frondosas cortinas de un sauce que crecía a la orilla de un translúcido lago, se enlazaron el uno con el otro en un profundo beso. Anquises, arrodillándose ante ella, desató los cordones de sus sandalias y luego liberó sus muñecas de los brazaletes que las hacían esclavas, llevando

a sus labios la piel donde se agolpaba su pulso. Incorporándose, desató el collar que coronaba su pecho mientras lo cubría de besos. Después, soltó el broche que sostenía su túnica y lentamente hizo descender el vestido por el cuerpo que iba desnudando y acariciando con sus manos mortales.

Afrodita sentía por primera vez el tacto de un mortal. Eran ásperas las manos de Anquises, de sostener una espada, de sujetar las riendas, de construir muros. La diosa del placer vibró con la juventud huidiza que exudaban. Anquises, se decía, habría cambiado después de acostarse con ella. Y esa fugacidad sujetó el instante, y lo irrepetible incrementó su deseo.

Se dejó transportar la diosa por la entrega del rey, que la cubría como un manto, como si su sangre pugnara por salir de su cuerpo al rozarla y la vida y la energía se le escaparan en cada suspiro. Tomó ella una conciencia del presente hasta entonces desconocida al comprender que el de Anquises era efímero y el suyo, eterno. De pronto, los hermosos ojos de la falsa princesa centellearon con la vivacidad de la auténtica diosa, su cabellera se desparramó dando nueva vida a la hierba al tocarla y el brillo inmortal volvió a sus mejillas rutilantes. En virtud del placer culminante, su cuerpo de nácar se estremeció y, sin poder contenerse, desató su plenitud entre destellos dorados que iluminaron todo en derredor.

Viendo que no yacía con una simple mortal, Anquises retrocedió aterrorizado y se tapó los ojos con las manos para apartar de sí la visión de la desnudez de la diosa.

—¡Sacrilegio! —dijo con voz entrecortada—. ¡Perdóname la vida, oh diosa eterna!

Bajo su apariencia divina, Afrodita tomó sus ropas y, acercándose a él, le apartó las manos de los ojos.



La diosa del placer vibró con la juventud huidiza que exudaban las manos del mortal.

—No temas, dulce Anquises, pues es la risueña Afrodita quien comparte tu lecho —le reveló—. Larga será tu gloria y hará por siempre tu nombre inmortal. Ahora bien, no pierdas el pudor que ahora demuestras. Si alguna vez lo hicieras, no dudes que la ira del Olimpo se vendría sobre tu cabeza.

Cuando Anquises hubo jurado que guardaría el secreto, la diosa comenzó a desvanecerse como si sus palabras, su contacto, su presencia, hubieran sido solo un sueño.

Desde la noche en que el rey de Dardania yaciera con la diosa del amor, no pasó ni un solo día sin que pensara en ella. Vagaba por los pasillos de palacio taciturno, parecía arrastrar sus pasos sin orden ni sentido. Durante largo tiempo dejó las obras en manos de sus jefes más capaces, pero su gente lo echaba de menos. Poco a poco fue volviendo a la vida y retomando sus deberes. Ágilmente apuraba en los banquetes los cálices de vino, gracias a cuyo calor respondía con diligencia, con ingenio incluso, a los heraldos que venían a tratar con él. Sin embargo, a todos en el palacio les parecía que su ánimo nunca perdía la nostalgia.

Como se hizo célebre su soltería, con el tiempo aumentaron las visitas de nobles, reyes incluso, quienes, con evidentes excusas, acudían a su palacio acompañados de sus hijas, de sus nietas, de sus protegidas. Hermosas princesas de toda la Tróade y más allá pasaron por su palacio y él las agasajó con fastuosos convites repletos de ricas viandas, de música y sensaciones, sin mostrar, no obstante, el más mínimo interés por ninguna de ellas. Padres e hijas volvían a sus comitivas al acabar su estancia cargados de presentes, pero frustrados por no ver cumplido el propósito que los había llevado a Dardania.

En los días regulares, en ausencia de nobles visitas, el rey evitaba el gran salón y las regias estancias, porque prefería en mucho la compañía de sus soldados, ruda pero confortable, la tienda de campaña, las rutas a caballo, los trabajos manuales. Era por ello que tanto lo estimaban los dardanios y disculpaban sus extravagancias y su desinterés por tomar esposa y dar un heredero a su linaje.

No era raro que, mientras que en el gran salón del palacio los sirvientes se afanaban en recoger los restos del último fasto y los perros corrían a sus anchas a las afueras entre restos de comida, el rey se retirara a las cocinas con sus hombres más allegados. Junto a ellos recordaba las muchas ocasiones en que habían luchado a sus órdenes y en que él les había confiado su vida. No se atrevían los suyos a pedirle que tomara esposa, pues el reino lo necesitaba, aunque a menudo se entretenían en alabar la hermosura de las princesas que lo visitaban. Cada vez con más frecuencia temía Anquises que los reyes partieran de sus tierras contrariados y sufría por la paz. Pero, a pesar de ello, no podía quitarse de la cabeza aquella noche.

—Aquí tienes otra copa —dijo un soldado, ofreciéndole un cuenco de cuerno lleno de vino—. No es de oro como las que se beben en el gran salón, pero el líquido es el mismo, pues algunas de las ánforas se extraviaron de su destino.

—Te equivocas —respondió Anquises, sonriendo—. No puede ser el mismo vino, pues llevo bebiéndolo toda la noche y hasta ahora no me había caldeado el ánimo.

Apuró de un trago la copa mientras los hombres reían. Uno de ellos, con quien tenía gran confianza, le volvió a servir para que no quedara sediento.

—Puede ser mejor el vino, pero no la compañía. He de deciros, compañeros, sin ánimo de causaros agravio, que, si bien aprecio vuestra compañía como la de mi familia misma, no dudaría en cambiaros a todos por la bellísima princesa cuya mano discretamente ha rechazado esta noche nuestro rey, como tiene por costumbre.

Rieron todos a carcajadas, Anquises, más que ninguno. Volvió a beber el rey, buscando abandonarse al olvido.

—¡Pero esta era diferente! —exclamó otro—. ¡Con Ares podría igualarse quien compartiera su lecho, pues era su hermosura tal como la de la mismísima Afrodita!

Viendo vacía su copa, Anquises volvió a servirse.

—¡No digas necedades! Nada iguala entre los mortales el amor de una diosa. Quien ha compartido su lecho se pregunta por qué los hombres entregan gozosos la vida para ver repetido su nombre en labios perecederos. No hay nada más que Afrodita llenando mi recuerdo, lo único que me queda de ella. Mas no lo cambio por la carne frágil de una princesa.

Tal diciendo, apuró la copa que había llenado y alzó la vista, extrañado por el silencio que se había hecho en torno a él. Los hombres lo miraban con asombro. ¿Era un enajenado?, parecían pensar. ¿Había inventado aquella patraña? O bien al contrario, si era cierto, ¿cómo había osado revelar alegremente un secreto semejante? Se estremecieron todos cuando el estertor de un trueno hizo temblar los muros del palacio. De pronto, una tormenta feroz descargó sobre Dardania.

◇◇◇

Durante una semana se prolongaban ya las lluvias torrenciales sin aflojar en lo más mínimo. Las calles de la ciudad

estaban desiertas porque era imposible transitar por ellas. Las aguas inundaban los caminos empedrados, cubriéndolos de fango y tierra que se tragaban lentamente las obras de los hombres. La leña no ardía, dejando sin fuego los hogares donde calentarse y los hornos para cocer pan. No eran pocos, sobre todo entre los más viejos, quienes temían que los dioses pretendieran volver a anegar el mundo y extinguir entre el barro la raza de los hombres.

Al amanecer del octavo día, llegó al palacio la alarma que Anquises había estado temiendo. Las fuertes aguas habían derruido la sección más reciente de las murallas y, por todas partes, el viento se llevaba los andamiajes por los aires. Anquises llamó con urgencia a una cuadrilla de cincuenta de sus hombres y salió a desafiar al cielo.

Los dardanios trabajaron penosamente bajo la lluvia apartando cascotes caídos y trayendo nuevos maderos. Empapados hasta los huesos y cubiertos de fango, se esforzaban siguiendo las órdenes de su rey, que corría arriba y abajo sin descanso. En cierto momento, confundido por la cortina de agua, sintió Anquises que se quedaba sin aire ante una visión turbadora, pues tuvo la impresión de que descubría, espiándolo a través de una grieta en la muralla, una figura en todo semejante a aquella lejana princesa que aún ocupaba su corazón. Intentó apartarse el agua de los ojos y, al volver a mirar, no vio más que piedras. Un suspiró escapó de su pecho. Tal vez la melancolía había trastocado su espíritu. Nunca su mente lo había engañado de ese modo, salvo durante el sueño. Volviendo su conciencia al momento en que se encontraba, reconoció que aquel era el lugar en que la había visto por primera vez. Tratando de calmar su ánimo, se separó de la escuadra de cons-

tructores y pasó a través de la grieta del muro al otro lado, desde donde contempló la llanura por la que años atrás ella había llegado a caballo. No había nadie alrededor.

Allí se hallaba, intentando aquietar su agitación, cuando el cielo bramó su furia y dejó escapar un relámpago sarmentoso. Su luz cegó a los dardanios que trabajaban en la muralla cuando se precipitó sobre el rey, envolviéndolo en un resplandor plateado. La tierra que los sostenía vibró e hizo estremecerse toda la muralla. Cuando los hombres se repusieron del espanto, se apresuraron en buscar a su soberano, temiendo que encontrarían su cuerpo carbonizado.

Lo hallaron terriblemente quemado, pero todavía vivo. El rayo no lo había alcanzado de lleno, sino que, al parecer, se había desviado en el último momento y solo lo había tocado en la pierna. En vano buscaban una explicación al suceso y, maravillados, llenaban sus bocas con plegarias de agradecimiento a los eternos. En el suelo, a su lado, en el centro del impacto del relámpago, marcado por un círculo ennegrecido, un precioso ceñidor refulgía con la misma energía que había descargado el cielo. Nadie reparó, en medio de la confusión, que una silueta femenina se aproximaba al lugar, tomaba la pieza con su delicada mano y luego desaparecía en la lluvia.

Fue poco después cuando las nubes abandonaron los cielos y al fin la tempestad dio respiro a la sufrida tierra de Dardania.

◇◇◇

En el palacio de la acrópolis dardania, el rey Anquises gobernaba con justicia, respetado por sus hombres. Desde que el rayo lo alcanzara, se había vuelto más silencioso y solitario,

pero su carácter no empañaba su nobleza, su buen juicio, su piedad, sino al contrario, parecía que subrayaba sus virtudes, que lo hacían mejor soberano. Sus heridas había sanado bien, pero jamás su pierna volvió a obedecerle y a recuperar la ductilidad de su juventud. Parecía que su cojera había ocupado definitivamente en el trono el lugar de una esposa y que pretendía él quedar por siempre sin reina.

En algunas ocasiones, como aquella tarde en la que despachaba desde su sitial tediosos asuntos diplomáticos, el dolor le recordaba la tormenta y el relámpago, pero sobre todo la visión de la princesa. Lo sacó del aburrimiento uno de sus soldados, que entró a la carrera, presa de una extraña excitación. Una insólita comitiva se acercaba al palacio: un carro tirado por una bandada de palomas que corría sin tocar el suelo. Anquises se alzó con el corazón en un puño al oír mencionar las aves que solían acompañar a su amada. Cinco años hacía de su noche infinita con ella, cinco años de aflicción y desespero. Renqueando con rapidez hacia la puerta, gritó ordenando que la guardia formara a las puertas para recibir la visita.

Posaron las palomas aquel prodigioso carro a los pies de la escalinata del palacio, por donde ya descendía el rey con premura. Sintió que le dolían en el pecho los latidos cuando vio que, al abrirse el carro, descendía de él una hermosa figura femenina. Era una criatura bellísima, de largos cabellos, tocados por una corona de flores. Desconcertado, vio Anquises que dirigía hacia él una mirada llena de ternura.

—Saludos, Anquises de Dardania. Vengo del Ida, donde habito con mis hermanas. Allí hemos cuidado hasta hoy de un tesoro que ahora nos manda entregarte la más hermosa de las diosas. Su madre lo ha llamado Eneas.

Alargó la mano la joven hacia la puerta del carruaje para ayudar a descender a un niño de cinco años, hermoso y vital. Sintió el rey que las lágrimas se agolpaban en sus ojos al reconocer en la belleza de aquel niño la luz de Afrodita; sin embargo, al mirar sus ojos, veía los suyos propios. Cayendo de hinojos, estrechó a su hijo contra su pecho. El niño se apoyó en su hombro. Su mirada vivaz resplandecía de felicidad.

◇◇◇

Seguían los ojos de Eneas centelleando despiertos al mirar aquí y allá para verlo todo mientras esperaba en la fila a que sonara su nombre. Desde el gran salón del palacio del rey Príamo de Troya se contemplaba toda la ciudad, desde la ciudadela hasta las murallas. Erguidos, los miembros de la guardia real formaban un pasillo en el centro de la sala por el que transitaban los guerreros jóvenes. Admiraba Eneas sus fulgentes corazas y sentía su pecho enardecido ante la constatación de que en apenas unos momentos se convertiría en uno de ellos. El valeroso Héctor, primogénito de Príamo y comandante de las fuerzas de Troya, entregaba a quienes habían superado el severo período de entrenamiento y prueba las armas que los confirmaban como soldados del ejército troyano.

Eneas observó detrás del comandante la orgullosa mirada del rey y su esposa Hécuba, que presidían la ceremonia, pues más de un miembro de su familia se hallaba entre los jóvenes guerreros. Príamo tenía un gran número de hijos y muchos nobles estaban ligados por lazos de sangre con él en la Tróade, como su padre Anquises, que era su primo. Así, haciendo a todos su familia, había llevado la prosperidad a aquellas tierras.

Héctor pronunció su nombre y Eneas avanzó hasta él.

—Eneas, hijo de Anquises, rey de Dardania. Tu padre ayudó a construir la paz que reina en la Tróade y ahora tú continuarás la tarea en el nombre de tu linaje. He aquí tus armas.

Eneas se endosó la coraza troyana que culminaba un temible casco trepanado con crestas semejantes a los colmillos de un jabalí. Luego sujetó con su mano derecha el escudo cubierto por mimbre en forma de ocho, orgullo del ejército troyano, y en la otra mano blandió una espada de bronce con el puño recamado en oro y marfil. Un murmullo de admiración recorrió la sala, pues ciertamente era admirable la apostura de aquel que los rumores hacían hijo de una diosa.

De regreso a su lugar, Eneas buscó la mirada de su padre entre los convidados y la encontró rebosante de satisfacción, adornada con un brillo inédito en él. Entonces advirtió que a su lado se situaba una hermosísima joven que lo observaba con el mismo arrobo, aunque él no la reconocía.

«Sí, es mi hijo», decía para sus adentros la diosa en aquel momento, sobrecogida al sentir por aquel frágil ser mortal un amor tan intenso e incomparable que le dolía en el pecho. Anquises, pensaba ella, gozaría como padre de Eneas, sabiendo que a su debido tiempo su vástago ocuparía su lugar. Sin embargo, ella no podía sino sobrevivirlo y ese pensamiento ennegrecía constantemente su ánimo. No había comprendido el sufrimiento que también encerraba el amor hasta que tuvo la conciencia de que estaba condenada a perder a un hijo.

Pero no por ello estaba dispuesta a resignarse. Todos los hombres morían, se decía, pero solo uno era su hijo, y jamás abandonaría su protección mientras durase su tiempo entre los mortales. Saber que no podría disfrutar de su compañía por siempre hacía arder todavía más el amor que sentía por

—Solo hago lo que es debido —respondió entonces Pélope.

Pero lo cierto era que sí. Sí la temía. Le avergonzaba la artimaña ajena que, otorgándoselo, había corrompido su triunfo, ensuciándolo por siempre. Tampoco se enorgullecía de haber asesinado al hijo de Hermes del modo ignominioso en que lo había hecho. Sabía que los dioses podían ser vengativos, tanto o más de lo que podían ser clementes. No era algo, sin embargo, que pareciera inquietar a Hipodamía. Mas en Pélope latía con fuerza el terror a las consecuencias de los actos funestos. Por más que se había esforzado en vivir una vida nueva cuando esta le fue milagrosamente devuelta y en romper toda atadura con su corta existencia anterior, habitaba en lo más profundo de su ser la sombra de su tragedia y la del fantástico sacrilegio cometido por su padre.

—Estoy maldito —le escuchaba Hipodamía murmurar a veces en sueños.

No desapareció aquel temor en el corazón del héroe cuando tomó la vecina ciudad de Olimpia, ni tampoco cuando, obteniendo victoria tras victoria, logró someter bajo su mandato a toda la península, que antes llamaban Apia y que, a partir de entonces, tomó en su honor el nombre de Peloponeso. Fue él también quien levantó en aquella tierra el primer templo a Hermes, con la esperanza de purificar su pecado. Y nunca dejó de sentir Pélope un sano vértigo cuando, asomado a sus murallas, dejó de divisar los límites de su creciente imperio. Allí estaba siempre, además, su hombro de marfil para conminarlo a la templanza recordándole su historia.

Mas no heredarían, sin embargo, sus hijos y los de Hipodamía su misma prudencia ni aquel religioso temor, y terminarían estos por cometer nuevas irreverencias y atrocidades. Por ello, aunque los dioses siguieron mostrándose clementes con Pélope durante su recobrada vida —aquel don por ellos otorgado—, su ira terrible volvería a caer llegado el momento sobre su impía progenie, como un día cayera sobre su padre Tántalo. Tal fue y será por siempre el destino de quienes, embebidos de orgullo y no conociendo su lugar, osan desafiar lo más sagrado.

él. Se daba cuenta de que, a través de los miedos y las pasiones que la precariedad de la vida de su hijo le causaban, era capaz de sentir la vida con una intensidad que los eternos desconocían.

Aproximándose quedamente a Anquises, lo besó en la mejilla a modo de despedida:

—Lo has educado bien. Su nombre será inmortal y, con él, la gloria de tu casa —susurró.

Anquises sintió renacer el calor en su pecho mientras la vio alejarse. Ya en su madurez, recordaba su abrazo sin dolor. Con el espíritu tranquilo, volvió su vista al fruto de aquella noche.

Eneas, con su armadura de guerrero troyano, siguió a la hermosa desconocida con la vista hasta las anchas puertas del gran salón. Antes de desaparecer en el pórtico, más allá del cual se dominaba Troya entera, ella se volvió y, a través de la distancia, le dirigió una mirada risueña. Sintió el muchacho un profundo estremecimiento al cruzarse con esos ojos, una sensación que lo transportó al monte Ida, a los besos, a los delicados cantos de las ninfas. El bienestar relajó todo su cuerpo. Cuando su mente regresó al momento presente, pensó en ir en busca de la desconocida, pero ella ya no estaba. En su lugar había quedado un perfume de rosas y anémonas que se iba expandiendo por el gran salón y que hacía que todos, guerreros y nobles, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, se sintieran serenos, colmados, sencillamente felices.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

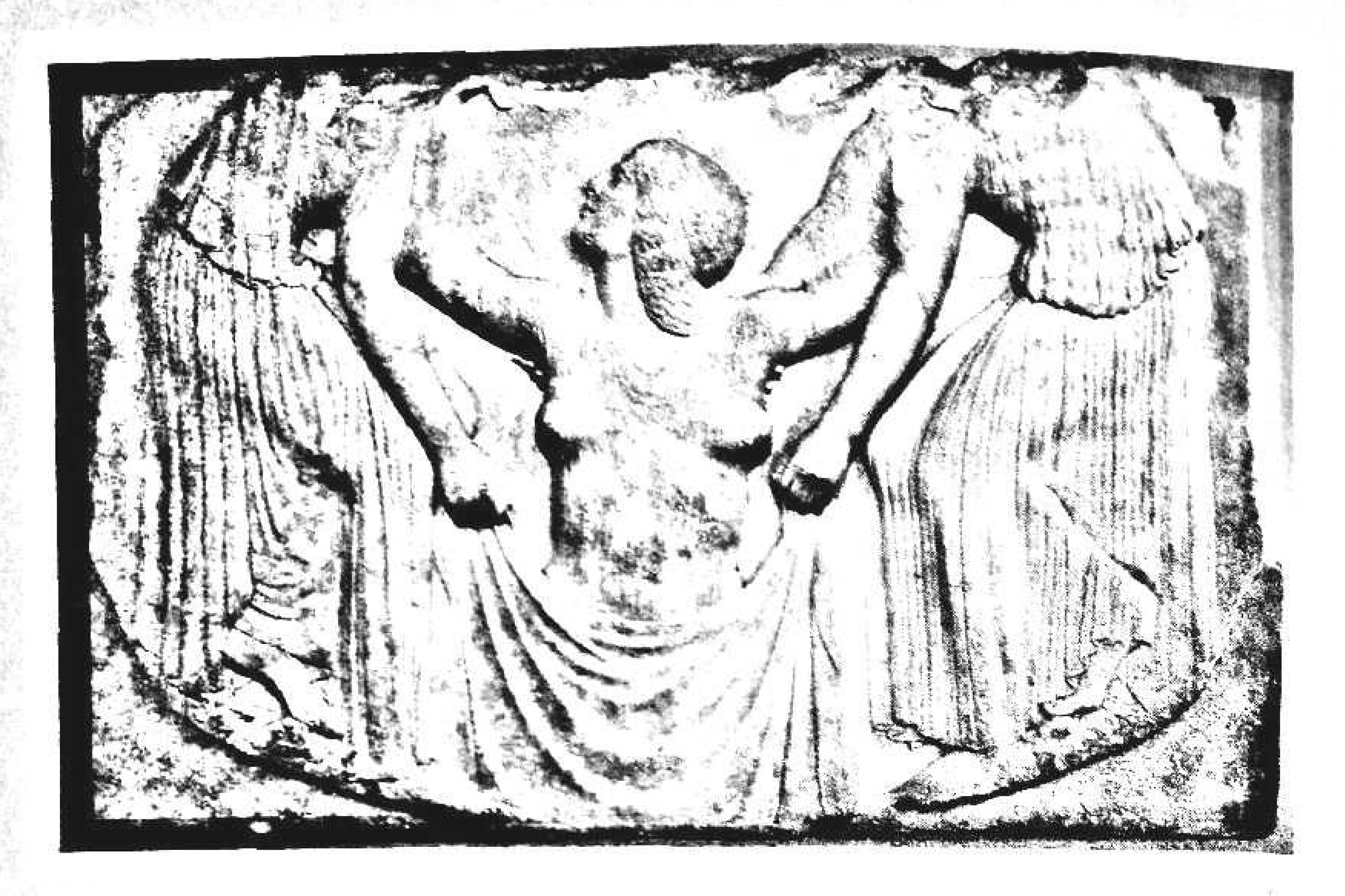
Para los griegos, Afrodita fue una divinidad tan fascinante como temible, pues como diosa del amor doblegaba por igual a mortales e inmortales; solo las tres diosas vírgenes, Atenea, Ártemis y Hestia, fueron capaces de resistírsele y solo el padre de los olímpicos, Zeus, logró someterla e, incluso, hacer que padeciera lo mismo que hacía padecer a los demás: las mieles y las hieles de la pasión en la figura del mortal Anquises.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Famosa por sus crímenes, la casa real de Micenas encuentra su origen en Tántalo y su hijo Pélope, aquel un rey asiático castigado por los dioses a padecer hambre y sed perpetuas, este un héroe que regresó de la muerte para establecerse en una tierra a la que dio su nombre, el Peloponeso.

El mito de Afrodita es complejo ya desde el relato del nacimiento de la diosa. La versión más conocida del mismo es la ofrecida por el poeta Hesíodo (siglo VIII a.C.) en la *Teogonía*: Afrodita surge del mar al que han ido a parar los genitales de Urano cercenados por Crono, y de ahí su nombre, que remite a la espuma de esas aguas (en griego, *aphrós* significa «espuma»). La diosa es así hija de Urano, con lo que se sitúa en un estadio de la cosmogonía anterior a los olímpicos. Una de las representaciones que ilustra este momento es el llamado Trono Ludovisi, un relieve de mediados del siglo V a.C. Pero hay otra versión, presente en la *Ilíada* de Homero (siglo VIII a.C.), según la cual Afrodita es hija de Zeus y Dione, una diosa de la primera generación divina. En fecha posterior, esta dualidad de orígenes sirvió al filósofo Platón (427-347 a.C.) para hablar, en su diálogo *El banquete*, no de una sino de dos Afroditas: por un lado, Afrodita Urania, hija de Urano y sin madre, que es la diosa del amor puro; por otro, Afrodita Pandemo, hija de Zeus y Dione, diosa del amor ordinario.

Cuando, en el canto XI de la *Odisea* de Homero (siglo VIII a.C.), el héroe Ulises realiza su descenso a los infiernos, sus ojos no solo contemplan las sombras de muchos con los que luchó codo con codo ante los muros de Troya, sino también las de otros a los que su indignidad en vida hizo que el solo hecho de estar muertos no fuera suficiente castigo para los dioses. Debían sufrir por toda la eternidad un tormento proporcional a sus pecados. El de Ítaca vio así al lujurioso Ticio, al que dos buitres roían el hígado, y a su propio antepasado Sísifo, obligado a empujar hasta el pico de un monte una piedra enorme que, invariablemente, rodaba hasta el punto de partida cuando casi lograba tocar la cima. Ulises vio también a Tántalo: «Estaba hasta el mismo mentón sumergido en las aguas de un lago y penaba de sed, pero en vano saciarla quería: cada vez que a beber se agachaba con ansia ardorosa, absorbida escapábase el agua y en torno a sus piernas descubríase la tierra negruzca que un dios desecaba. Corpulentos frutales sus ramas tendíanle a



Esculpido en bajorrelieve hacia el año 460 a. C. en el estilo severo propio del tránsito entre la edad arcaica y la clásica griegas, el Trono Ludovisi *(Museo Nacional Romano, Roma) es una de las representaciones más poéticas de la Afrodita Anadiomena o «surgiendo del mar». Dos sirvientas u horas la recogen a la vez que la tapan pudorosamente con un velo.*

LA DIOSA QUE VINO DE ASIA

Más unanimidad existe en lo que se refiere al lugar del que vino la diosa. A diferencia de los nombres de otros olímpicos, el de Afrodita no aparece en las tablillas micénicas, por lo que se cree que su llegada a Grecia fue posterior al colapso de esa civilización hacia el siglo XII a. C. Los mismos griegos sostenían que su culto procedía de Chipre, isla en la que habría pisado tierra por primera vez tras su nacimiento, pero que sus orígenes se hallaban en Oriente. El considerado padre de la historia, Heródoto (484-425 a. C.), asegura que fueron los fenicios quienes lo llevaron desde Ascalón (actual

Israel) hasta Chipre. Y el geógrafo Pausanias (siglo II d. C.) fue más lejos aún al hablar de Asiria: «Los primeros hombres que veneraron a Afrodita Urania fueron los asirios y, después de los asirios, los de Pafos en Chipre, y los fenicios que habitan Ascalón en Palestina, y los de Citera la veneran por haberlo aprendido de los fenicios». La identificación de Afrodita con otras diosas semíticas, en concreto la fenicia Astarté y la mesopotámica Ishtar, confirma esa procedencia asiática. Y aun la reafirma su participación activa en la guerra de Troya del lado de los troyanos, en el que luchan su hijo Eneas y su protegido Paris.

El culto a Afrodita probablemente llegó a Grecia a través de la isla de Citera, desde antiguo, un importante enclave comercial del Mediterráneo oriental con el Peloponeso. En ella y en la chipriota ciudad de Pafos se hallaban los santuarios más importantes dedicados a la diosa. En el de esta última, la divinidad era adorada en la forma de una piedra cónica, lo que da cuenta de la antigüedad del culto en ese lugar; en Citera, y según Pausanias, lo era como un *xoanon* (escultura arcaica de madera) armado. En lo que se refiere al continente, el templo más famoso era el de Corinto. En él, las hieródulas o servidoras de la diosa practicaban la prostitución sagrada, algo común en los santuarios orientales de Astarté, pero excepcional en tierras griegas, donde tal costumbre se consideraba poco menos que una vergüenza. Según el geógrafo Estrabón (64 a. C.-24 d. C.): «El templo de Afrodita era tan rico en esclavas sagradas que poseía más de mil cortesanas que hombres y mujeres habían dedicado a la diosa. Y también fue a causa de estas mujeres que la ciudad estaba llena de gente y se había enriquecido; por ejemplo, los capitanes de los barcos gastaban libremente su dinero, y de ahí el proverbio: "No está al alcance de todo hombre viajar a Corinto"».

la frente con espléndidos frutos, perales, granados, manzanos, bien cuajados olivos, higueras con higos sabrosos; mas apenas el viejo alargaba sus manos a ellos cuando un viento veloz los alzaba a las nubes sombrías». Todavía hoy, este suplicio simboliza el de todo aquel que desea algo con todas sus fuerzas sin que pueda conseguirlo nunca.

LA OMNISCIENCIA DIVINA

Tántalo es un personaje de extraordinaria importancia en la mitología griega como ancestro del linaje maldito que reinó en Micenas y Argos. Las fuentes, aunque difieren en el lugar donde se encontraba su reino, Frigia o Lidia (ambas en Asia Menor), coinciden en afirmar que Tántalo disfrutaba del amor de los dioses hasta tal punto, que estos no dudaban en invitarlo a su mesa. Así fue hasta que, en un momento dado, cometió el crimen que le valió un despiadado castigo. De nuevo surge aquí la discrepancia. Según se lee en la *Biblioteca mitológica* (siglo II a. C.), «la razón de que esté castigado, así dicen algunos, es la divulgación entre los hombres de los ritos secretos de los dioses y el hacer partícipes de la ambrosía [el alimento de los olímpicos] a sus amistades». Un escolio (una nota o comentario) a la *Odisea* suma a estas razones la participación de Tántalo en el robo de un perro de oro que se hallaba en el santuario de Zeus en Creta.

Mas la causa principal puede haber sido el impío deseo de Tántalo de poner a prueba la omnisciencia de los dioses. Con ese propósito los invitó un día a su palacio y, como plato principal, les sirvió a su propio hijo Pélope. Salvo Deméter, aún algo ida por el rapto de su hija Perséfone por Hades, el resto se dio cuenta de inmediato

de lo que se le ofrecía y lo apartó de sí con tanto horror como indignación, gesto que tradicionalmente ha sido interpretado como una prueba del rechazo de la religión olímpica hacia los sacrificios humanos. De hecho, el que solo Deméter, la vieja diosa agraria de los misterios de Eleusis, se avenga a comer tan abominable manjar puede muy bien ser un vestigio de antiquísimos ritos de fertilidad que reclamaban sangre humana.

El castigo para Tántalo fue memorable: sufrir eternamente hambre y sed, aún más incrementadas por el hecho de tener al alcance de la mano, pero siempre inaccesibles, los medios con que saciar ambas. Aunque no es el único suplicio que se le aplica: para otros autores, Tántalo sufre el tener sobre su cabeza un peñasco que amenaza con desplomarse en cualquier momento sobre él. Al hambre y la sed se suma así la posibilidad de una segunda y definitiva muerte. No es por tanto extraño que el filósofo ateniense Platón (427-347 a. C.), en su diálogo *Crátilo*, haga derivar el nombre de este rey del griego *talántaton*, que significa «el mayor sufridor».

UN LINAJE MALDITO

La maldición que pesa sobre los tantálidas, sin embargo, no halla su origen tanto en los crímenes de Tántalo como en ese hijo suyo, Pélope, al que descuartizó, salpimentó y estofó para servirlo a la olímpica mesa. A fin de reparar tal abominación, los dioses reconstruyeron su cuerpo y lo devolvieron a la vida de tal modo que, según la *Biblioteca*, «resultó más bello en su resurrección» y acabó despertando el amor del señor de los mares, Poseidón. No obstante, la parte más interesante del mito de Pélope es aquella

El misterioso encanto de Eros

Afrodita no está sola a la hora de hacer que mortales e inmortales se vean embargados por la pasión amorosa, sino que cuenta con un cómplice: Eros. La tradición más extendida hace de este uno de los hijos habidos de su adulterio con Ares, mas la cuestión no es tan sencilla. Si en el caso de la diosa del amor son dos las versiones que existen acerca de su nacimiento, aquí se han llegado a contabilizar una quincena. Así, en la *Teogonía* de Hesíodo, Eros surge justo después del Caos y de Gea, la Tierra, y antes que Urano, el Cielo, lo que hace de él una divinidad primigenia. Como expresa el poeta, es «el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos». En otras palabras, es una fuerza fundamental que, al unir elementos diversos, asegura la cohesión, continuidad y renovación del universo a través de la procreación. Para Platón es, «de entre los dioses, el más antiguo, el más venerable y el más eficaz para asistir a los hombres, vivos y muertos, en la adquisición de virtud y felicidad». El filósofo ateniense, además, hizo de él uno de esos démones o genios que posibilitan la comunicación entre los hombres y la divinidad. En otras versiones, Eros es hijo de Afrodita y del mensajero de los olímpicos, Hermes, de ahí que se lo represente como un niño con alas, imagen que hizo suya el mundo romano, donde se lo llamó Cupido, del latín *cupiditas*, que significa «deseo ardiente», «pasión». Como tal, personifica el afán amoroso.

De Grecia, el culto a Afrodita pasó a Roma, donde hacia el siglo II a.C. se asimiló a Venus, en origen una diosa local de la horticultura y la jardinería (en un sentido amplio, de la fertilidad). El que fuera la madre de Eneas, el ancestro de los fundadores míticos de la Ciudad Eterna, Rómulo y Remo, hizo que su figura alcanzara un gran relieve en el panteón romano, por supuesto como diosa del amor, pero también, y a diferencia de la Afrodita griega, como madre protectora. Esa era la advocación bajo la que se la honraba en el templo de Venus Genetrix (Venus Madre), levantado en el año 46 a.C. por Julio César, cuya familia, la de los Julios, se vanagloriaba de descender de un hijo de Eneas, Julo, y, por tanto, de la propia diosa.

LA RED DE HEFESTO

Como se ha visto, Afrodita aparece ya en Homero y en Hesíodo, si bien la *Teogonía* se limita a dar noticia de su nacimiento y de cómo recaló en Chipre: «Primero navegó hacia la divina Citera y desde allí se dirigió después a Chipre rodeada de corrientes. Salió del mar la augusta y bella diosa, y bajo sus delicados pies crecía la hierba en torno». Más relieve alcanza en la *Ilíada* homérica, donde se la ve tomando partido por los troyanos y salvando a Paris de morir a manos del esposo de Helena, Menelao, y a su hijo Eneas de correr la misma suerte con el héroe Diomedes, quien aprovecha el lance para herirla y vanagloriarse de ello: «¡Retírate, hija de Zeus, del combate y de la lid! ¿Acaso no te basta con embaucar a las cobardes mujeres?». En la *Odisea*, lo que se relata son los adúlteros amores entre Afrodita y Ares, y la trampa que urdió el cojo Hefesto para descubrirlos *in fraganti*, atraparlos en una red «cual finísima tela de araña, invisible a los ojos de las mismas deidades felices, ardid sin parejo» y mostrarlos así a todo el cónclave olím-

que explica su llegada a la tierra que más tarde sería conocida por su nombre: el Peloponeso, esto es, la «isla de Pélope». A la hora de relatarla, los mitógrafos y poetas de la antigua Grecia se quedan en el episodio del rey Enómao de Pisa, quien, como señala de nuevo la *Biblioteca mitológica*, «ya fuera porque la amase, como dicen algunos, o porque tuviera el vaticinio de que terminaría sus días a manos del que la desposara», retaba a una carrera de carros a todo aquel que pidiera la mano de su hija Hipodamía. El precio de la derrota era la vida: el pretendiente era decapitado y su cabeza, clavada en una pica, pasaba a ornar el palacio del rey, mientras que su cuerpo, según advierte el geógrafo Pausanias (siglo II d.C.) en su *Descripción de Grecia*, era lanzado a una tumba común sin ceremonia alguna.

En el momento de llegar el hijo de Tántalo a Pisa, hasta doce pretendientes habían sido ejecutados de ese modo, cifra que varía según las fuentes, pero que nunca baja de doce. Según otro mitógrafo, el romano Cayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.), la visión de las cabezas cortadas a punto estuvo de hacer desistir a Pélope de participar en la carrera. Pero se repuso y consiguió superar el primero los más de 150 kilómetros que separaban Pisa (cerca de donde se levantaría Olimpia) del altar de Poseidón que había en el istmo de Corinto. El suyo, no obstante, no fue un triunfo limpio, pues hubo de recurrir a la traición del auriga de Enómano, Mírtilo, al que luego daría muerte, ya fuera porque había intentado, según la versión más difundida del mito, propasarse con Hipodamía, bien porque Pélope le hubiera prometido la mitad de su reino a cambio de su ayuda o porque, simplemente, se trataba de un cómplice molesto al que más valía silenciar. La maldición que Mírtilo profiere antes de morir es la que propiciará toda la espantosa cadena de crímenes de los tantálidas.

Más allá de su argumento, el relato es interesante por las interpretaciones históricas que de él se desprenden y que ya advirtieron

los historiadores antiguos. Para ellos, el mito conserva el eco de las migraciones que grupos procedentes de Asia Menor llevaron a cabo en el Peloponeso. En ese sentido se expresa el ateniense Tucídides (460-396 a.C.) cuando, en su *Historia de la guerra del Peloponeso*, escribe que «Pélope, gracias a la gran fortuna con la que desde Asia llegó a un pueblo sin recursos, se hizo con el poder y, a pesar de ser extranjero, alcanzó el honor de dar su nombre al país». Ahora bien, ¿eran griegos esos recién llegados o lo eran los autóctonos con los que se encontraron? ¿Fue la suya una invasión o una penetración paulatina? Estas y otras cuestiones siguen siendo hoy un misterio que divide a la comunidad científica, y que ni la arqueología ni la lingüística han sido capaces de dilucidar.

EL IDEAL DEL HÉROE

Como se ha visto, Tántalo aparece ya en la *Odisea* homérica. Su mito, pero sobre todo el de su hijo, aparece narrado con más detalle en la primera oda de las *Olímpicas* del lírico Píndaro (518-428 a.C.), no en balde una tradición relaciona a Pélope con la fundación de los juegos olímpicos. Su resurrección «de marfil ornado su reluciente hombro», el amor que por él sintió Poseidón y el regalo que este le hizo de «un carro de oro y corceles de alas incansables» para ganar a la bella Hipodamía, son algunos temas tratados en estos versos, en los que también se recogen unas palabras de Pélope que expresan el ideal del héroe: «El gran peligro no sorprende a un hombre sin coraje. Entre quienes el morir es destino, ¿por qué uno debería consumir, en la oscuridad sentado, en vano una vejez sin nombre, privado de toda cosa bella? Mas para mí ese combate dispuesto está. ¡Quieras tú [Poseidón] darme el éxito querido!». En

pico, que se lo toma a chanza. Este episodio se hizo tan popular que fue recreado por autores como Luciano de Samosata (125-181 d. C.), quien, en uno de sus humorísticos *Diálogos de los dioses*, hace que Hermes diga a Apolo: «Yo, si he de serte sincero, sentía envidia de Ares no solo porque se estaba tirando a la diosa más hermosa, sino también por estar encadenado a ella».

Los escritores latinos no fueron tampoco insensibles a los encantos de la diosa del amor, Venus para ellos. En la epopeya *Eneida*, Virgilio (70-19 a.C.) hizo que apareciera protegiendo a su hijo Eneas desde que huye de la Troya tomada por los griegos hasta que alcanza tierras italianas para fundar la que, con el correr de los siglos, sería la dueña del mundo, Roma. Por supuesto, la diosa tiene también una presencia destacada en las elegías amorosas escritas por poetas como Catulo (h. 87-57 a.C.) o Propercio (h. 47-15 a.C.). Este último, por ejemplo, no duda en decir: «Mientras Venus me asista complaciente, no tendré reparo en despreciar cualquier reino». Otro de esos vates, Ovidio (43 a.C.-17 d. C.), trató en su poema *Metamorfosis* el adulterio de Venus y Marte (el Ares griego), todo un clásico en la literatura antigua. Su enfoque, sin embargo, no se centra en el descubrimiento de la pareja enredada en la red, sino en el castigo que la diosa planea para el delator de su infidelidad, el Sol: hace que se enamore de la princesa Leucótoe y abandone a la celosa ninfa Clitia.

«CUÍDATE DEL QUE TE AMA»

En la Edad Media, Venus fue alabada, y no menos vilipendiada, como diosa del amor profano. Pero fue a partir del Renacimiento cuando el redescubrimiento de la literatura grecorromana hizo que su figura conociera un nuevo impulso. Así, mientras algunos poetas

la invocaban para que les fuera propicia en sus amores, otros cantaban sus hechos. Entre estos últimos se halla el español Félix Lope de Vega (1562-1635) con *La rosa blanca*, largo poema que recrea los principales episodios de la vida de Venus desde su nacimiento hasta sus adulterios.

Ya en el siglo XIX, el francés Prosper Mérimée (1803-1870) escribió *La Venus de Ille*, un relato sobre el descubrimiento de una estatua romana de la diosa cuyo rostro, aunque de maravillosa belleza, transmite «una malicia rayana en la maldad». La inscripción de su pedestal, «Cuídate del que te ama», se hace realidad cuando cobra vida y mata a un joven en su noche de bodas ante los horrorizados ojos de su esposa.

A medida que avanza esa centuria, la fascinación por la diosa se tiñe de un fuerte y en ocasiones perturbador componente erótico. Así, en la novela *Afrodita* del belga Pierre Louÿs (1870-1925) la acción se sitúa en la Alejandría del siglo I a.C. Su protagonista es una cortesana para la cual nada hay más sagrado que el amor físico ni nada más bello que el cuerpo; es la encarnación de la mismísima diosa del amor, capaz de trastornar a los hombres y empujarlos al crimen. El escándalo provocado por esta obra quedó en nada al lado del suscitado por *Monsieur Venus*, de la también belga Rachilde (1860-1953). Calificado de «libro bastante abominable» por el prologuista de la edición francesa, narra una historia de transgresión de roles sociales y sexuales en la que la bella y fría aristócrata Raoule de Vénérande somete, desde una posición de poder inequívocamente masculina, a un joven y pobre artista hasta reducirlo al papel de mujer subyugada. Otra novela, *La Venus de las pieles*, del austríaco Leopold von Sacher-Masoch (1836-1895), versa sobre la relación masoquista (adjetivo derivado del apellido de este autor) que se establece entre un «ultrasensualista» y la mujer a la

Las reliquias de Pélope

El hijo de Tántalo era considerado el antepasado de los aqueos, uno de los nombres que Homero da a los griegos que combatieron en la guerra de Troya y que, más concretamente, hace referencia a los habitantes del Peloponeso. Como tal, fue un héroe que gozó de un aura especial que aún se incrementó más tras su muerte. El lugar en el que fue enterrado cerca de Olimpia, el Pelopio, se convirtió así en un espacio sagrado en el que, hasta el triunfo del cristianismo en el siglo IV, se le sacrificaba cada año un carnero negro. La reliquia más preciada era, sin duda, el omoplato de marfil que los dioses fabricaron cuando resucitaron a Pélope para suplir aquel otro que Deméter había devorado en el impío festín dado por Tántalo. Según la leyenda, durante la guerra de Troya los adivinos anunciaron que los aqueos no se apoderarían de la ciudad hasta que ese hueso no fuera enviado a su campamento. Así se hizo, pero en el viaje de vuelta la reliquia se perdió por un naufragio. Muchos años después fue recuperada por un pescador llamado Damármeno, que se asombró ante su desmesurado tamaño. Por orden del oráculo de Delfos, fue devuelta al Pelopio, pero según refiere Pausanias, acabó perdiéndose: «[El hueso] había estado escondido durante mucho tiempo en el fondo del mar y se deterioró, además de por el tiempo, sobre todo, por la acción del agua». Aun así, el geógrafo repasa otros vestigios de Pélope y su padre que se conservaban en su lugar de origen, el anatolio monte Sípilo, como «un lago que tiene su nombre por Tántalo y una tumba famosa, y un trono de Pélope en la cima».

cuanto a Tántalo, el poeta recuerda que «pago de mal género alcanza con frecuencia a los blasfemos», pues «si en verdad a algún hombre mortal los guardianes del Olimpo honraron, ese fue Tántalo. Pero él, por cierto, no pudo digerir su enorme dicha, y por su desmesura cobró el castigo terrible: que el padre Zeus suspendió sobre él la piedra pesada que siempre se esfuerza en apartar de su cabeza y queda ajeno a todo gozo».

Este castigo, distinto al de Homero, es mencionado también por el trágico Eurípides (484-406 a.C.) en su *Orestes*. Lamentablemente, las tragedias sobre los personajes de este mito se han perdido. Es el caso del *Enómao* de este mismo autor, de la que solo han quedado algunos versos de carácter aleccionador: «Todo mortal que aspira a vivir largo tiempo se equivoca gravemente: una vida prolongada solo multiplica el sufrimiento». No menos elocuentes son los de otra tragedia también perdida, el *Tántalo* de Sófocles (496-406 a.C.): «El tiempo de la vida de un hombre es breve, pero bajo tierra la muerte que no se ve yace para toda la eternidad».

Muy diferente es el enfoque del escritor sirio de expresión griega Luciano de Samosata (125-181 d.C.). En uno de sus humorísticos *Diálogos de los muertos*, Tántalo se lamenta de su tremenda sed, lo que provoca la sorpresa de otro personaje, el filósofo cínico Menipo: «Es prodigioso lo que te pasa, Tántalo —le dice—. Pero, dime, ¿qué falta te hace beber? Porque no tienes cuerpo, que está enterrado en algún lugar de Lidia, y es el que precisamente podría tener hambre y sed, y en cambio tú, el alma, ¿cómo podrías aún tener sed o beber? [...] ¿Acaso temes morir por falta de bebida?».

Menor ha sido la atención prestada a los diferentes episodios de este mito por los autores romanos. En su poema épico *Metamorfosis*, Ovidio (43 a. C-17 d.C.) se limita a describir un lugar del infierno al que da el ilustrativo nombre de Morada Criminal: es la prisión

que obliga a tomarlo como esclavo y a tratarlo como tal, latigazos incluidos, todo por el placer de la humillación. Ella es la diosa a la que hace referencia el título, una Venus que «en nuestro norte abstracto, en este mundo cristiano helado, tiene que envolverse en una buena pelliza si no quiere resfriarse».

LA IMAGEN DEL PLACER SENSUAL

Como diosa de algo tan humano como la pasión amorosa, Afrodita es de entre los olímpicos la que más representaciones artísticas ha inspirado. Entre las esculturas antiguas, una de las más emblemáticas es la Afrodita de Cnido, del griego Praxíteles (siglo IV a.C.), quien la representó desnuda y en actitud extrañamente pudorosa. La fama de la obra llegó a ser tal (el naturalista latino Plinio el Viejo, del siglo I d.C., afirmaba que un joven llegó incluso a enamorarse de la imagen), que motivó no solo numerosas copias, sino también variaciones como la Venus de Médici, la Venus de Arlés (ambas del siglo I a.C.) o la Venus Borghese (siglo II d.C.). La más famosa, sin embargo, es la Venus de Milo, del siglo II a.C., posiblemente inspirada también en la Afrodita de Capua de Lisipo (siglo IV a.C.), conocida por una copia romana del siglo II d. C. La curva praxiteliana dada al cuerpo, la posición relajada y esa ropa que parece caer aciertan a transmitir la feminidad de la diosa.

A partir del Renacimiento, Afrodita, o mejor dicho Venus, pues esta es la denominación más usual que recibe, se convierte en la imagen del placer sensual, más o menos disfrazado según los casos por alegorías morales. La exquisita *Venus dormida* del italiano Giorgione (h. 1477-1510), en la que la diosa reposa desnuda al aire libre, estableció un modelo que fue seguido por pintores como

Tiziano (h. 1490-1576) en sus *Venus de Urbino* y *Venus recreándose en la música*, o Diego Velázquez (1599-1660) en su *Venus del espejo*, en este caso con la variación de que la diosa está de espaldas y de su rostro solo enseña lo que muestra el espejo que sostiene Cupido. Ese mismo recurso, pero con la figura erguida, fue mostrado por el flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640) en una obra homónima. Otros motivos muy populares son el del baño, tratado en pintura por el italiano Francesco Albani (1578-1660) y el francés François Boucher (1703-1770), y en escultura por Auguste Rodin (1840-1917), y el del triunfo, abordado por los mencionados Boucher y Rubens (1577-1640) y por el manierista Bronzino (1503-1572), este en una pintura de marcado erotismo.

En cuanto a los episodios protagonizados por la diosa, uno de los más representados ha sido el de su nacimiento. La pintura más famosa en este sentido, hasta el punto de haberse convertido en icónica y en objeto de numerosas reelaboraciones, es la firmada por Sandro Botticelli (1445-1510). En el siglo XIX, el tema sirvió a los franceses Alexandre Cabanel (1823-1889) y William-Adolphe Bouguereau (1825-1905) para pintar sendas representaciones que son sobre todo una celebración del cuerpo femenino. Otro episodio, el del adulterio de Venus, fue tratado también por Botticelli en un *Venus y Marte* que muestra a ambos dioses reposando, él durmiendo, ella con mirada soñadora, mientras a su alrededor unos pequeños sátiros juegan con sus armas y atributos. Paris Bordone (1500-1570), Paolo Veronese (1528-1588), Guercino (1591-1666), Luca Giordano (1634-1705) y Jacques-Louis David (1748-1825) son otros pintores que han tratado este motivo, que en Tintoretto (1518-1594) se convierte en una cómica escena doméstica en la que el esposo burlado busca por la habitación al amante, quien lo observa todo escondido bajo una mesa.

en la que sufren tormento eterno Ticio, Ixión, Sísifo y Tántalo. Otro breve pasaje trata de Pélope y su hombro izquierdo de marfil: «Este hombro —explica el poeta— había tenido, al tiempo de nacer, el mismo color que el derecho y de carne; después, cuentan que sus miembros, cortados por las manos de su padre, los unieron los dioses; encontraron el resto, pero faltaba el sitio entre la garganta y la parte superior del brazo; se puso marfil allí para sustituir la parte que no aparecía y con esto quedó Pélope entero».

EL FRONTÓN DE OLIMPIA

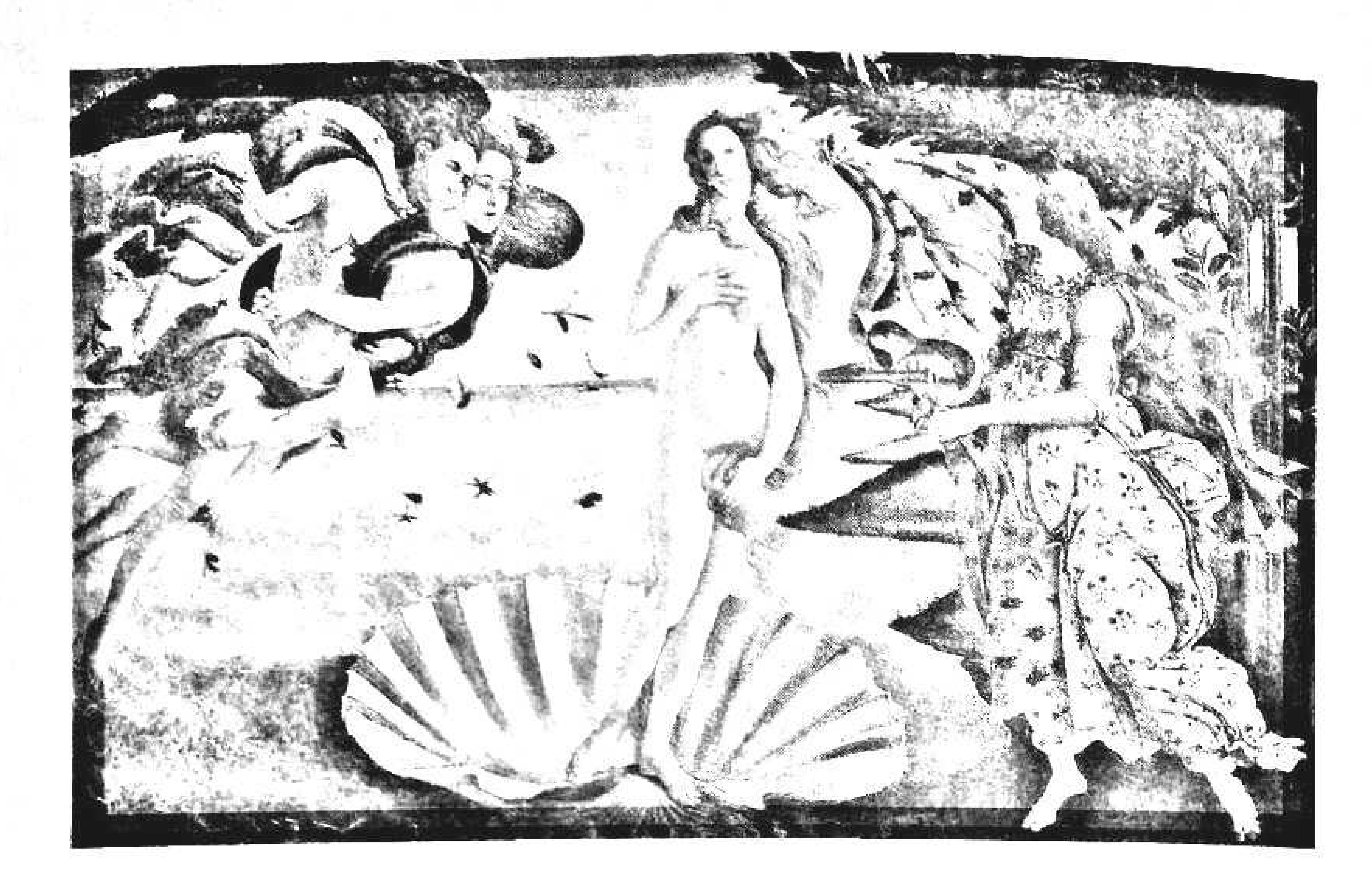
Al igual que los poetas, los artistas de la Antigüedad se sintieron también atraídos por las posibilidades de este mito. La obra más destacada es sin duda el frontón oriental del templo de Zeus Olímpico de Olimpia, que Pausanias atribuye a Peonio (siglo v a. C.). En él se representan los preparativos de la carrera de carros que enfrentará a Pélope y Enómao. No falta ningún personaje, ni siquiera Zeus, que ocupa el centro de la composición, o los caballos: Hipodamía, la esposa del rey de Pisa, Mírtilo, los palafreneros de ambos contendientes e incluso algún adivino que parece horrorizado ante los acontecimientos que vendrán, todos son representados aquí en ese «estilo severo» que anuncia ya el paso al estilo clásico en la escultura griega.

Pélope e Hipodamía aparecen también en relieves de época clásica, así como en sarcófagos de época romana, como en uno del siglo iv d. C. que muestra cómo, en el fragor de la carrera, Enómao es arrastrado por sus caballos. En cuanto a Tántalo, su presencia en el arte antiguo es más anecdótica. Un vaso de figuras rojas del siglo iv a. C., procedente de Apulia, representa cómo las aguas se retiran cuando el sediento rey acerca su mano.



La condena de Tántalo aparece recreada en este vaso de figuras rojas (Staatliche Antikensammlungen de Múnich), datado hacia el 330 a. C. y hallado en la localidad italiana de Canosa, en la Apulia. El hijo de Zeus, tocado con un casco o gorro que señala su origen oriental, alarga su mano para intentar hacerse con un poco de agua, mas esta se retira antes de que él llegue a tocarla.

Más suerte ha tenido el tema en la pintura moderna gracias a artistas como los italianos Gioacchino Assereto (1600-1649) o Giovanni Battista Langetti (1625-1676), que reflejaron la desesperación de Tántalo ante la imposibilidad de comer y beber. Otro pintor, el francés Valentin Lefebvre (1642-1682), prefirió plasmar el festín que el rey dio en su palacio a los olímpicos. El lujo de esta pintura contrasta con la sequedad y acidez del grabado *Tántalo*, de la serie *Los caprichos* del español Francisco de Goya (1746-1828), en el que se ve a un hombre lamentándose ante el cuerpo de una joven, aparentemente sin vida. Un texto, quizá debido al propio artista, señala la relación con el mito griego: «Una buena hembra al lado de un viejo que no la satisface tiene deliquios, y es como el que tiene sed, está junto al agua, y no puede gustarla». Muy diferente es *El suplicio de Tántalo*, del francés Honoré





Arriba, El nacimiento de Venus *de Botticelli (Galleria degli Uffizi, Florencia). Empujada por el viento Céfiro, la diosa navega sobre una concha hasta recalar en Chipre, donde la recibe la Primavera. Abajo,* La Venus del espejo *de Velázquez (National Gallery, Londres), uno de los escasos desnudos del Barroco español.*

VENUS EN EL MEDIEVO ALEMÁN

No menos abundante es la presencia de Afrodita en la música, especialmente en la ópera, unas veces como diosa del amor que juega con los sentimientos de mortales e inmortales desde la distancia, otras con un rol más activo en una trama que la afecta de lleno. Este último es el caso del primer acto de la *Dido* del italiano Francesco Cavalli (1602-1676), en el que Venus se inmiscuye en la guerra de Troya para ayudar a su hijo Eneas. En el ballet *El triunfo del Amor*, del francés Jean-Baptiste Lully (1632-1687), Venus invita a todo el mundo a celebrar la gloria de su hijo Cupido, vencedor de hombres y dioses. Brillante, refinada y hedonista, la música expresa a la perfección lo que era la corte de Versalles.

En el Romanticismo, el alemán Richard Wagner (1813-1883) trasladó a Venus al mundo de las leyendas medievales alemanas. Lo hizo en su ópera Tannhäuser, donde la convirtió en el símbolo del amor profano, opuesto al amor puro representado por Elisabeth, la antigua amada del trovador protagonista. La obertura condensa ya ambos motivos, con una primera sección basada en un himno de peregrinos de tono recogido y una segunda con el tema de Venus, cuyo carácter marcadamente sensual desemboca en una frenética bacanal.

En 1953, el alemán Carl Orff (1895-1982) dio a conocer el *Triunfo de Afrodita*, una cantata escrita sobre textos del poeta latino Catulo, la poetisa griega Safo (h. 650-580 a.C.) y el trágico griego Eurípides (h. 485-406 a.C.) que evocan una noche de bodas. La fuerte presencia del ritmo y la percusión confiere a la música un aire de ritual pagano a mayor gloria de la diosa del amor carnal.

Daumier (1808-1879), un grabado perteneciente a la serie *Historia antigua* que caricaturiza la importancia que se le da al legado grecorromano en el mundo moderno. Este Tántalo, en realidad, no es sino uno más de tantos envidiosos que anhelan una vida rodeada de viandas y champán.





La mitología ha servido a algunos artistas como excusa para criticar la sociedad de su tiempo. Es lo que hicieron Goya y Daumier en estos dos grabados. El «Tántalo» del primero (a la izquierda) pone en solfa los matrimonios entre hombres maduros o ancianos y doncellas mucho más jóvenes: «Si él fuese más galán y menos fastidioso, ella reviviría», apunta el artista. Daumier, por su parte, satiriza la devoción de sus contemporáneos por el pasado grecorromano al situar a los personajes mitológicos en su propio tiempo.

EL DRAMA DE HIPODAMÍA

La imagen dantesca de un Tántalo condenado al suplicio eterno ha inspirado a compositores como el francés Marc-Antoine Charpentier (1643-1704). Su ópera *El descenso de Orfeo a los infiernos* lo presenta al lado de otros dos famosos compañeros de desventura, como son Ixión y Ticio. «Terribles tormentos, aflicciones crueles, que en estos lugares sufrimos sin esperanza de socorro; dolores que se renuevan, penas siempre nuevas, ay, ¿duraréis siempre?», se lamentan los tres. El canto del tracio, sin embargo, supone un paréntesis a sus sufrimientos, como gozoso exclama Tántalo: «Ni estos frutos ni estas aguas despiertan ya mi deseo».

A pesar de constituir una absoluta rareza, hay que destacar aquí la monumental trilogía *Hipodamía*, con la que el checo Zdeněk Fibich (1850-1900) quiso resucitar el género del melodrama, esto es, una acción teatral declamada y no cantada, pero con fondo musical continuo que, más que crear atmósfera, contribuye a definir a los personajes y a acentuar el carácter de cada situación. Para ello se valió de un texto del dramaturgo Jaroslav Vrchlický (1853-1912), fiel al mito original en la primera parte de la trilogía (*El cortejo de Pélope*), cuyo tema no es otro que la carrera de Pélope con Enómao, y más libre en las dos siguientes (*La expiación de Tántalo* y *La muerte de Hipodamía*), en las que aparece un Tántalo abrumado por el sentimiento de culpa y, sobre todo, se asiste a la contraposición entre un Pélope enérgico y seguro de sí mismo, cuya fuerza se basa en la razón, y una Hipodamía que, por el contrario, es todo pasión y sentimiento. El resultado es ilustrativo de la concepción que los artistas del Romanticismo tenían de los viejos mitos griegos: son historias universales en las que se condensan las fuerzas, emociones y deseos más insondables del ser humano.

ÍNDICE